

P

342

CATEDRA

PUBLICACION MENSUAL DEL S. E. U.



Milicia Universitaria
1945

SAN FERNANDO Y LA UNIDAD DE LA JUVENTUD

por JESUS VASALLO

Si Fernán González es el fundador inmortal de Castilla, Fernando III viene a ser su conductor victorioso. Y si el primer caudillo castellano forjó el eje de la futura España, el Rey Santo fué quien dió el paso firme hacia su íntegra unidad. Primero, porque bajo su corona se produjo la fusión definitiva de Castilla y León; y después, porque el brillo luminoso de su invicta espada, atrajo a combatir contra los infieles, a todos los reinos castellanos de la Península. Tan unánimemente reunió Fernando tras de su brazo poderoso a los católicos españoles, que el Papado concedió a sus empresas guerreras el carácter y la categoría de Cruzada. Ciertamente que hubo en la vida de este monarca singular, una mujer —su madre— que desde el primer instante, con intuición genial, decidió el futuro de su hijo e inclinó la balanza a su favor en no pocos momentos. Pero la actitud de aquella mujer, una verdadera Santa Mónica, fué acaso la única circunstancia favorable que tuvo Fernando en su misión capitana. Y ello alcanzó la mayor trascendencia; porque si doña Berenguela obraba con cálculo de sagaz gobernante, él actuaba con voluntad de santo, es decir, con fines eternos y grandiosos, colocando las consecuencias de esa política terrena, al servicio de Dios.

Tiene la vida de Fernando III dos etapas diferentes. Solo su labor prodigiosa pudo abrir a través de ellas el claro camino de una España unida. La primera, está constituida por las luchas con su padre, Alfonso IX de León. Hay algo providencial, algo que escapando a toda perfección humana, estaba por encima de sus propios destinos, en la corazonada materna de doña Berenguela, al exigir de su marido que le enviase a su hijo. Dieciocho años tenía Fernando cuando volvió a la vera de la madre, y aún no poseía conciencia de lo que él mismo representaba. Le habían dado la educación de un caballero, la de un noble dinasta, la de un perfecto guerrero; pero no la de un perfecto rey; porque el manejo de las armas, la enseñanza militar, no fue seguida del manejo de los hombres, la instrucción política.

Pero no menos providencial que la decisión de la madre, fué la llamada interior del hijo. La apuesta figura y el carácter atrayente le abrieron los brazos y los corazones de sus súbditos. Al ser proclamado rey de Castilla, y cuando más tarde abandono los campos de batalla para correr a ceñirse la corona de León, ciudades, villas y aldeas le aclamaron y aceptaron, porque en su semblante vieron en seguida a un hombre de bien. Los pueblos no son nunca exigentes con quienes les gobiernan; por eso los grandes jefes sólo necesitan dos grandes virtudes: lealtad y energía. Y lealtad y energía, acusaba notablemente la presencia de Fernando. Logrado el primer objetivo, todo lo demás vino por añadidura, pues el genio y la santidad, a la fuerza habían de producir buen fruto. Aquel rey, por la gracia de Dios, sintió el vivo y acuciante llamamiento de otro destino más alto; no el de reinar, que en él esto no era más que un medio, sino el de conquistar. Y así su tarea fué de emperador. Su hijo, en cambio, al carecer de los supremos dones de Fernando, fracasó en sus instancias a la imperial corona de Alemania.

El primer hecho saliente y decisivo en el reinado de San Fernando, fué la victoria incruenta contra su padre. Y el consejo de los prelados le sirvió de instrumento. El alto clero jugó un papel importante en la política del santo. Los Obispos fueron siempre sus embajadores y diplomáticos; sobre todo, aquel perspicaz don Mauricio de Burgos. Hoy no puede la Iglesia dirimir las cuestiones y diferencias entre los hombres; sencillamente, porque la anarquía espiritual ha corrompido a nuestra grandiosa civilización, destruyendo naciones cultas y florecientes. La concordia entre padre e hijo, fué una liga dura que preparó la unión indisoluble de Castilla y León; la unión más fuerte y profunda que se registra en la historia política de España. Nadie pudo diferenciar más tarde a los dos reinos. Y a partir de la reconciliación, todos los espa-

ñoles adquirieron el preciso espíritu de unidad. El sentimiento de una España cristiana comenzó a latir en los pueblos ibéricos.

Pero a pesar de cuanto significa, no es este concordato lo más importante en el reinado inolvidable de Fernando. Acaso hubiese carecido de halagüeños resultados ulteriores, sin el acendrado sentido religioso, casi misional, que presidía la obra del Rey, poniéndose de relieve en su piadosa magnanimidad. Sabía perdonar como la Ley de Cristo manda, pero su perdón iba unido de un ansia política; cerraba las disensiones y fortalecía y acrecentaba la unidad cristiana contra los infieles. Así, guerra contra los Laras, poderosos y belicosos magnates de la nobleza feudal, y los vence; pero luego los liberta y perdona, mandando que sus bienes se respeten. La pacificación interna de sus reinos, se llevó a cabo con esta norma: inflexibilidad del glorioso brazo rector, movió con mayor ímpetu la voluntad del rey, y a la vez, hizo que el feudalismo pusiera menos obstinación en su propia defensa. Ello abrió los cauces de la Reconquista, que adelantó a España en su empresa de unidad, haciéndola ser la primera nación del mundo entonces conocido; el primer pueblo que cobró conocimiento popular de su universal designio.

A esta tarea gigante de la Reconquista, se entregó con toda el alma el rey Fernando, una vez pacificado el reino y arreglados los conflictos pendientes. Ni antes que él, ni después de su muerte, hubo monarca ni capitán alguno que sintiese su profundo y santo anhelo. Porque, en fin de cuentas, fué su santidad —aquel mismo pensamiento que le movió a morir ascéticamente, desnudo como había venido al mundo y tendido en un lecho de cenizas— la que decidió la Reconquista. Sus sucesores no pudieron renunciar a la conclusión de la Cruzada. En cuatro siglos, únicamente se había podido ganar a los moros una tercera parte de España. Fernando III el Santo, recuperó él sólo una tercera parte más. Y muerto él, se alargó la difícil labor, hasta dos siglos de distancia; es decir, hasta la llegada de los Reyes Católicos, que tomándole como ejemplo, la terminaron felizmente, continuándola sobre poco más o menos, desde los límites en que San Fernando la dejó.

Pero aun estos reyes, contaron con circunstancias más favorables, principalmente la de ser los únicos de la España cristiana, después de la unión de las coronas de Castilla y Aragón, con su matrimonio efectuada. Fernando III tuvo que maniobrar con diplomacia, celo y entusiasmo. Hacérselo todo, como quien dice, a pulso. Lo cierto es que todos los reinos de la España de Cristo, se volvieron hacia él como único paladín y guía de la Cristianidad, y que bajo sus banderas lograron decisivas victorias.

Se podría argüir, naturalmente, que todos los monarcas, excepción hecha de alguno tristemente célebre, aportaron su grano de arena a la Reconquista, con el mismo aliento de unidad hispánica. Pero sus triunfos no lograron la enorme resonancia política y religiosa que engrandeció la figura de San Fernando, y se agotaron hasta Fernando V e Isabel I, en acciones parciales y locales, que ensancharon fronteras a causa de la disgregación de los Estados árabes. En el reinado del santo Rey, además de decidirse la unidad de España, se preparó su imperio y, sobre todo, su cultura inspiradora de naciones católicas, que todavía, a pesar de las contingencias universales, no ha prescrito. Y he aquí la presencia indudable de la gracia divina, sobre la cabeza coronada de Fernando. Porque su madre, al casarle con princesas extranjeras, no pudo pensar en una España extrapeninsular, ni en el descubrimiento de nuevas tierras. Doña Berenguela quiso evitar para el futuro, con los matrimonios de su hijo, nuevas luchas familiares, de las que tenía experiencias tan amargas. Pero aquellos matrimonios vinieron a ser la levadura de la España imperial y ecuménica del XVI, y de la España creadora y misionera, que hoy, por obra de Franco, se levanta de nuevo, como una isla de paz y redención, en medio de un caótico océano de lágrimas y ruinas.

BLANCO

Más sobre el premio "Cañizo" 1945

Cúmplenos aquí, hoy, en este número de despedida de curso, aunar en «blanco» y «negro»—elogio y censura—la réplica y comentario a la respuesta que, firmada por «los 35», se nos ha enviado a nuestro artículo anterior, acerca del Premio Cañizo. Cedida generosamente esta sección a los aludidos en aquella nota nuestra, para que se defendiesen de las censuras de que les hacíamos objeto, nos envían unas cuartillas que, si por su extensión—que rebasa los límites de estos apartados—no podemos reproducir íntegramente, trasladaremos, en cambio, sin suprimir ninguno de sus alegatos. Y lo haremos generosamente también, por cuanto los términos empleados, por el tono lamentable de sus ataques, no se merecerían que les diésemos acogida aquí. Pero no nos dueñen prendas, y menos tratándose de esclarecer un asunto en el que se ha puesto en juego el recto proceder de unos universitarios; y somos los primeros en lamentar que en la mencionada respuesta no se den buenas razones, sino que se trate de eludir la censura con alfilerazos y denuosos, que es la mejor manera de dar a entender que no se poseen más nobles y legítimas armas para la defensa; lo que equivale a perder la partida ante quienes desapasionadamente juzguen de este asunto por las propias manifestaciones de quienes en él intervienen. Trasladaremos a continuación los puntos esenciales en que se la respuesta aludida, junto con los comentarios que nos merecen.

1.º «Premio a la aplicación y el compañerismo —comienzan diciendo «los 35»—. Esta fué la idea del doctor Cañizo al instituirlo. Premio a la aplicación, puesto que ha de ser elegido el alumno más destacado en Patología Médica, y al compañerismo, como lo demuestra el que sea elegido por votación entre sus compañeros. Ha de ser elegido, pues, el mejor alumno y el mejor compañero. Muy fácil es valorar el grado de compañerismo por el comportamiento en las aulas, en los pasillos y, en general, en todos los ámbitos en que la vida estudiantil se desenvuelve; más difícil, en cambio, es juzgar por propia cuenta los conocimientos que cada cual pueda tener en el grupo de asignaturas más importantes para la formación profesional: las «Médicas», a las que exclusivamente nos tenemos que atener al emitir el voto, según el Reglamento... ¿Qué mejor para juzgar a un alumno que atenerse a las calificaciones que le otorgó el catedrático de P. Médica, de cuya justicia e imparcialidad nadie puede dudar? Y hacemos referen-

CATEDRA

D. U. del F. de J. (S. E. U.)

Salamanca, junio, 1945

12

SUMARIO

SAN FERNANDO, por J. Vasallo

BLANCO Y NEGRO.

MUCHACHA UNIVERSITARIA

ORGULLO DE LA MILICIA.

LIBROS.

EL TEATRO.

UNA VISITA AL CIRCO.

MANUEL IRADIER.

MONTE DE LA REINA.

AULAS MUERTAS, por J. M. G. Escudero.

DEPORTES, por Garrido.

CINE, por Román Pérez.

VERDA GUER 1945, por Torroella

LA BACTERIA ROBADA, por Wells.

ARTE, por R. S. T.

cia a estas asignaturas, porque nos interesa que quede bien sentado que son las únicas a que el doctor Cañizo ha hecho referencia en su Reglamento, sin que para ello interesen los conocimientos aislados que se puedan tener en Física Experimental o en Anatomía Patológica.»

Respuesta: En primer lugar no es tan fácil determinar el compañerismo como se asegura en las líneas precedentes. Compañerismo no es sinónimo de simpatía, locuacidad o cualquiera otras de las cualidades que hagan más o menos agradable a una persona. La moralidad y no la simpatía, la defensa de los intereses uni-

NEGRO

versitarios y no el mayor o menor grado de campechanía en los pasillos, es lo que caracteriza el compañerismo. Mejor compañero no es el que fácilmente se acomoda a nuestros deseos o a nuestros planes, sino aquel que nos sabe dar el consejo oportuno en un momento difícil, el que viene en nuestra ayuda aclarándonos conceptos o dudas que nuestros estudios nos sugieran, el que nos proporciona toda clase de facilidades—textos, apuntes, material—cuando acudimos a él, el que, en suma, es el mejor cumplidor de sus deberes universitarios, incluso dejando a un lado la amistad o simpatías particulares, si ello fuere preciso. ¿Es este el concepto por el que se han guiado los votantes al hacer su elección? Presumimos que no, cuando dan por cosa tan hacedera y fácil la atribución del mejor grado de compañerismo. Por lo que a las «Médicas» se refiere, estamos totalmente de acuerdo en que ellas deben ser el punto de mira principal para la elección.

2.º «El Premio Cañizo—continúan «los 35»—, le ha correspondido al que, siendo un magnífico compañero, ostenta las máximas calificaciones en P. y Clínicas Médicas, que si bien algunos las igualen, nadie, entenderlo bien, nadie las supera...»

Respuesta: Con sólo echar una ojeada al expediente académico de los alumnos más destacados de la promoción, puede comprobarse que no es cierto lo que afirman «los 35». ¿Como pueden anticiparse de este modo a una afirmación semejante, estando pendientes las matriculas de «Médica, 3», de las cuales ninguna ha sido concedida al Premio Cañizo 1945?

3.º A continuación, «los 35» se exhiban en denuosos e insultos para el «anónimo envidioso y mal intencionado», autor del comentario que insertamos en la sección «Negro» de nuestro número anterior. Y queremos dejar bien claro aquí que no existen tales anónimos y que sus dardos van equivocadamente dirigidos contra determinados alumnos que no se han hecho, ciertamente, merecedores de semejante actitud para con ellos; es más, han sido precisamente éstos los que, a nuestro requerimiento, han querido silenciar toda denuncia por nuestra parte de lo sucedido respecto al Premio Cañizo actual. La sección «Blanco» y «Negro» es sección editorial de nuestra revista, la cual no reproduce jamás anónimos de nadie, sino que es confeccionada por los redactores de la misma, bajo su entera responsabilidad. Ninguna animosidad y menos envidia—da la coincidencia de que quienes redactamos la nota aludida no cursamos estudios de Medicina—, ha motivado nuestra censura, sino, simplemente, el rumor recogido en todas las esferas universita-

(Sigue en la página 17)



Muchacha Universitaria

Muchacha universitaria que terminas tu carrera elevando el vuelo como airoso golondrina desde las aulas de la Universidad, donde tanto has trabajado. Hoy se presenta para tí una vida totalmente distinta de la que llevaste hasta ahora. Llegó el momento de escalar la cima de tu ansiado ideal y sales de la Universidad con la mirada fija en la meta de tu ilusión.

Te sientes mujer y, como tal, tienes una inteligencia cultivada, con la que aspiras a ser útil.

Tienes un corazón con poder maravilloso para amar y para abnegarte.

Tienes una asombrosa energía en la voluntad, formada en el sacrificio de horas y días vividos para el estudio.

Sientes vocación por tu carrera, cualidad necesaria para desempeñar tu misión dentro de ella con la mayor perfección.

Y encontrándote con dotes tan grandes de espíritu, de corazón y de carácter, ¿será posible que los vayas a dejar permanecer estériles?

Piensas que no y deseas con toda tu alma rendir utilidad, negociar con los talentos que recibiste hasta dar el ciento por uno. Pero, ¿dónde vas y qué has de hacer?

Supongamos que anhelas la brillantez de una Cátedra o que habiendo

ASPIRACIONES



sobresalido en Medicina, sueñas con montar una clínica, desde donde hagas llegar los beneficios de tu ciencia y caridad hasta la humanidad doliente.

Pero, ¿era ese el móvil que te impulsó al estudio? ¿Es la profesión de tu carrera la meta de tus aspiraciones?

Piénsalo en estos días en que sales de la Universidad y obra sin dejarte vencer por influencias extrañas de orgullo, vanidad o deseos de independizarte.

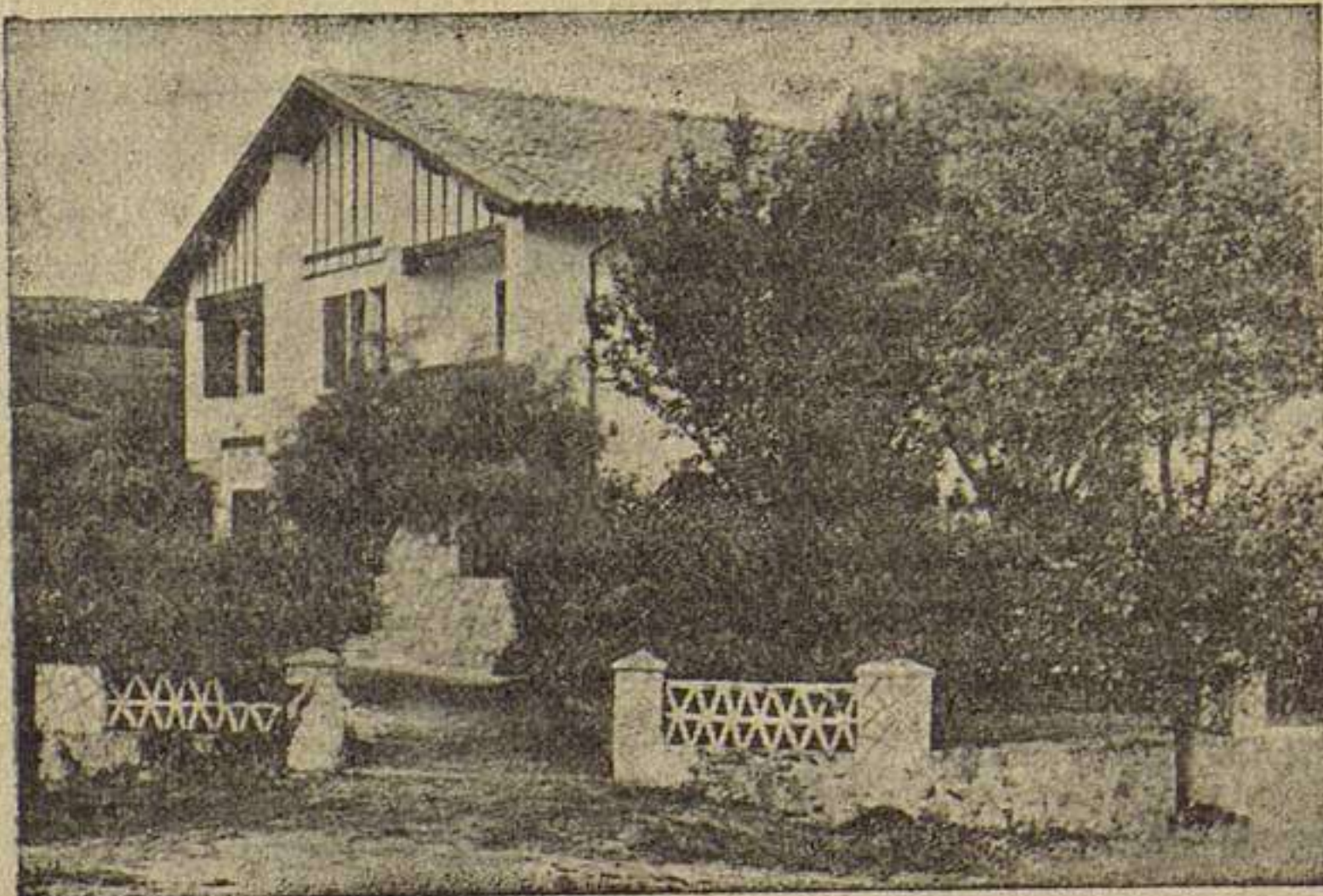
Y si la practicas, ve en ella un medio, nunca un fin, desde donde irradies luz con la claridad de tu entendimiento y de tu cultura, pero siempre dentro del marco suave y alegre de tu feminidad.

No olvides que eres complemento del hombre y no su rival de lucha, saca fruto de tu inteligencia sin hacer demasiado alarde de tus conocimientos.

La cultura adquirida dorará brillo a tus cualidades naturales, ennobleciéndolas y perfeccionándolas, y cuando llegue el momento de cumplir la voluntad de Dios, irás donde El quiera, por vocación, nunca por recurso, ya que has aprendido a valerte por tí misma en la vida.

Así desea la Falange que seas, para ejemplo de las que quedan aún en la Universidad y para que cumplas con tu misión de mujer, que está muy por encima de tu condición universitaria.

ALBERGUES



EL SENTIDO PROFUNDO DE NUESTROS ALBERGUES SE COMPRENDE A TRAVES DE LAS HORAS VIVIDAS, EN ALEGRE HERMANDAD, CON NUESTRAS CAMARADAS DE LAS MAS APARTADAS REGIONES.

DENTRO DE UN AMBIENTE RELIGIOSO Y PATRIOTICO SE REALIZAN CON ESMERO, ENTUSIASMO, GUSTO Y FEMINIDAD LOS QUEHACERES DIARIOS, BAJO LAS BANDERAS QUE ENCARNAN NUESTROS IDEALES.

JUNTO AL MAR Y BAJO EL CIELO, LA VOZ QUE NOS HABLA DE DIOS O LA QUE NOS DA A CONOCER A LA FALANGE, SE SIENTEN Y SE COMPRENDEN MEJOR.

EN LOS CANTOS Y BAILES REGIONALES, COMO ASIMISMO EN LOS DEPORTES Y PASEOS, SE EXTERIORIZA LA ALEGRIA JUVENIL DE LAS UNIVERSITARIAS, QUE NO DAN CABIDA, EN EL ALBERGUE, A LA PEREZA NI AL ABURRIMIENTO.

CONSIGNA DEL JEFE NACIONAL DEL S. E. U. A LA MILICIA UNIVERSI- TARIA EN 1941



Por voluntad del Caudillo, que refrenda nuestros deseos y actitud de siempre, la Juventud Universitaria se agrupa ya en cerradas filas de Milicia.

Las Escuadras del S. E. U., que supieron proclamar la verdad de España en los tiempos heroicos, los jóvenes que entonces se atrevieron a empeñar una partida de vida o muerte con los enemigos de nuestra Patria, la misma Juventud que en el frente de combate, hermanada con el Ejército triunfante lucharon a las órdenes de Franco, tiene ahora continuidad exacta en estas Centurias de universitarios a quienes une la disciplina castrense.

Dos tareas esenciales tiene que acometer el S. E. U. desde ahora: una, nacional, con un valor político de servicio y lealtad a las consignas del nuevo Estado, la otra, militar, con un sentido estricto de esta palabra.

Ambas se encuentran perfectamente fundidas en nuestra Milicia, por cuyas filas discurre toda la savia que hizo vivir y morir a los mejores camaradas en la lucha viril por un ideal profundamente sentido.

Y al presentarnos hoy ante el Caudillo victorioso, junto al Ejército español, de brava y gloriosa tradición, queremos que nuestro primer acto signifique —como emblema de unidad nacional— la armonía más perfecta de estos dos conceptos que desde siempre vienen rigiendo al Mundo: las Armas y las Letras.

En jornadas compartidas, soldados y Milicia ganaron la Unidad y libertad de España. Con igual hermandad concebimos y lograremos su grandeza.

Por Franco: ¡Arriba España!

El jefe nacional del S. E. U.

JOSE MIGUEL GUITARTE †

ORGULLO DE LA MILICIA "EN DEFENSA DE LA PROFESION MILITAR"

En toda época y lugar hubo siempre espíritus mediocres y enfermizos que denostaron las virtudes militares. Son esas "gentes plebeas", como Virués las llama, que, siendo incapaces de tenerlas, tratan de corroerlas con su envidia. Para ellos nuestra compasión y desprecio, que a nosotros nos gritó bien fuerte JOSE ANTONIO que la vida es milicia, y estamos dispuestos a vivirla con espíritu acendrado de servicio y sacrificio.

Franco nos ha prometido muchas cosas a la juventud, y en concreto a la juventud escolar, de la cual dijo que al colgarle a un bachiller en el pecho una estrella, va el honor de España en él, y como Franco da lo que promete, ya está en vigor la Milicia Universitaria, forja de políticos que sirven a España y de soldados que sepan defenderla.

No olvides nunca, escuadrista, que al ponerte el uniforme carga sobre ti el honor de España, y que tu uniforme no son sólo las prendas exteriores, sino tu pensamiento y tu voluntad. Mantén siempre muy alto tu decoro, ya que tuviste el honor de ser depositario de las más altas virtudes de la Patria, que cuando el Caudillo ponga una estrella en tu pecho pueda repetir aquellas palabras a los bachilleres de los frentes, y cuando España necesite un nacionalsindicalista que la sirva y la defienda puedas hacerlo plenamente con la pluma y con la espada.

¡Oh, miserable suerte de soldados,
de todo el universo aborrecidos,
por desgracia y miseria de él tenidos
con mil impropios nombres denostados!

Quien nos llama caballos desbocados,
quien lobos carnívoros y atrevidos,
quien toros acosados y afligidos,
quien leones sangrientos y aquejados,

¿A quién llamáis así, gente plebea?
¿A quien da reinos, cetros y coronas,
con su sangre ganándolo y sus vidas?

¿A quién así llamáis, a quien se emplea
en guardaros haciendas y personas
de vuestras ambiciones perseguidas?

CRISTOBAL DE VIRUES

(Capitán de los Tercios Españoles)



UNA VISITA AL CIRCO

PERI Y LUISITO - DE ESTUDIANTE A CLOWN

Foto J. NUÑEZ

Nada hay que altere tanto el pulso de nuestras viejas ciudades como la llegada del circo. Todo es en ellas apegamiento al solar en que se erigen, horizontes familiares, costumbres que van adensándose en el tiempo, día a día, como una suma siempre igual y aumentada siempre. El circo descubre su más íntima esencia en nuestras viejas ciudades, es en ellas donde cobra realce y expresión su entraña trashumante y vocinglera, porque el circo es eso: un ir y venir sin tregua, al que si se le hurta la ruidosa charanga que nos anuncia su venida y la alegría fugaz de unas horas o de unos días, se le quitará también todo su relumbre inesperado, su inconfundible sabor de gracia pasajera.

Aprovechamos la venida del circo a nuestra Salamanca —tan anticircense hoy, por su vivir— para introducirnos en el interior del pequeño mundo que se cobija bajo el maramagnum de lonas y cordajes. El circo "Olímpico" se ha instalado entre las frondas de la "Alamedilla" en estos días grises y nubosos de mayo, y los payasos Pery y Luisito nos acogen amigablemente entre bastidores dispuestos a responder a nuestras preguntas.

—Vamos a ver, Pery, ¿quiere contarme algo de su vida?, ¿cómo llegó usted al circo?

—Pues verá —nos contesta—. Yo estaba destinado a ser funcionario público o director de Banda militar. Sí, no se sorprenda, tal vez sea el mío el único caso de clown que haya dejado una carrera para meterse en esta vida atropellada y sin descanso del circo. Mi padre, empleado de Estado, me puso a estudiar la carrera de comercio, al par de ella yo cursaba los

estudios de violín, condiscípulos míos en esta última fueron los hijos del gran Teddy, Zampabollos y Nabucodonosorcito, hice buena amistad con ellos y no pude resistir su influencia: un buen día me metí en el circo para quedarme en él, ya para siempre.

—¿Y no hubo oposición por parte de su familia?

—¡Figúrese si no tenía que haberla! Mi padre tenía un pariente que era músico mayor en la academia de Artillería de Segovia, y todas sus ilusiones eran que yo llegase a ser director de una banda militar.

—Y usted, Luisito, ¿qué me dice de su vida?

—Yo nacía en el circo, procedo de una familia de artistas. Mi padre era el jefe de la célebre troupe de acróbatas "Pilar" y parientes míos son los célebres hermanos Méndez.

Usted, Pery, que abandonó sus estudios por el circo, ¿no se ha arrepentido nunca de haber elegido este género de vida?

—Jamás, soy un enamorado de mi profesión, la "siento" profundamente y no podría vivir alejado de ella.

—¿Es que la considera usted más fácil que aquella para la que le tenían destinado sus padres?

—Más fácil, tal vez, porque respondo a mi vocación, pero mi trabajo, el papel de payaso de circo, es difícil, muy difícil. En realidad creo que no llega a aprenderse nunca del todo.

—¿Cuál fué la impresión de su primer día de trabajo?

—Terrible. Antes de salir a la pista me bebí medio botijo de agua: tenía seca la boca y no podía contener mis nervios, después ya no fué nerviosismo, es que no sabía lo que me hacía. Sentí una responsabilidad tremen-

da, como si todo el circo pesase sobre mí.

—¿Y usted, Luisito?

—Yo hice mi primera "entrada de clown", con Pery, en el año 1943. Antes actué de acróbata, que era para lo que me habían adiestrado mis familiares. Hice mi primera salida, como le digo, en unión de Pery, en el Price, de Madrid. Ante todo, el público me produjo una gran sensación de respeto, después me fuí creciendo poco a poco y las risas de los espectadores me ayudaron a vencer mi coctedad.

—¿Tienen ustedes en su repertorio alguna creación enteramente personal?

—Sí —me responde Pery— lo que llamamos el "chiste-refrán".

—Por ejemplo —añade Luisito—. Salgo yo con una chaqueta estrafalaria y Pery me pregunta: "¡Hombre, qué chaqueta tan estupenda!", ¿cuánto te ha costado? —¿A mí, nada? —¿Cómo que nada? —¿Pues porque no la he pagado. —Y ¿por qué no la has pagado? —Porque cuando era chico me enseñaron aquello de "el que la haga que la pague". Como la ha hecho el sastre... ¡que la pagual.

Aún continuamos un rato de charla con estos excelentes humoristas. Hablamos de mil cosas, me exponen sus ideas sobre el circo, me refieren multitud de datos personales...; pero las dimensiones de CATEDRA nos imponen normas de brevedad que no podemos transgredir, y por fuerza tenemos que rematar con estas líneas, de apresurado bajonazo, este esbozo de crónica en torno a uno de los espectáculos más atractivos y sugerentes: el circo.

R. S. T.



El Teatro de Arte "Juan del Encina"

No podemos medir una manifestación artística solamente por los buenos propósitos que animen a sus promotores; menos aún cuando se presenta en forma de espectáculo, dirigido a un público más numeroso que el habitual para tales actividades. Por ello, creemos no se nos podrá tachar de excesivamente severos si nuestro comentario sobre la primera actuación del Teatro de Arte Juan del Encina no es demasiado benévolo. Manifestaremos sinceramente nuestra opinión, de la misma manera que lo hicimos al enjuiciar las representaciones de nuestro T. E. U., apartándonos de la crónica usual entre los periodistas locales, para quienes la crítica de estas actividades se convierte siempre en la consabida «nota de sociedad» que salva todos los compromisos y permite a la empresa quedar bien con todas las fuerzas, más o menos vivas, de la ciudad.

Suponemos que todos conocen ya los generosos propósitos que en bien del arte dramático animan a la Agrupación «Juan del Encina». La Prensa publicó en su día una especie de manifiesto inaugural en el que los promotores de este Teatro de Arte dieron a conocer sus ambiciosos proyectos. Dimos un respiro los pocos enamorados del viejo arte de las tablas que aún quedamos por el mundo. ¡Ahí es nada, prometernos contrarrestar la avasalladora potencia del cine, que con sus «mecánicos» recursos tiene subyugado al público español!... Y anunciarnos la presentación de las mejores obras dramáticas del pasado y del presente, nacionales y extranjeras. Ciertamente es que nuestro T. E. U. también se ha propuesto llevar a cabo una semejante labor de dignificación escénica, y no es cosa de hacer pocos días, sino proyecto que ha logrado coronación repetidas veces, con

un acierto demasiado notorio para que necesitemos insistir nosotros sobre ello. Pero, por lo visto, al flamante Teatro de Arte Salmantino, el caudal de experiencias y de aciertos del T. E. U. se le antoja desmedrado y pobre, y, pese a estar dirigido e integrado en su mayor parte por universitarios, ha decidido obrar al margen del T. E. U., privando así a éste de su valiosa aportación, sin duda para contrarrestar toda influencia nociva que de él pudiera venirle. Ante esto, teníamos que acudir verdaderamente ilusionados a la primera representación del Teatro «Juan del Encina»; no es que esperásemos maravillas, pues sobradamente conocemos la escasez y penuria de medios con que aquí se cuenta para este género de empresas; pero sí —la calidad universitaria de cuantos dirigían la representación y formaban parte de ella nos hacían esperar— una labor cuidada, discreta cuando menos, tanto en la adaptación y montaje de las obras como en lo que a la dicción y movimiento escénico se refiere. Nuestra desilusión, obligado nos es confesarlo, fué demasiado grande para que podamos silenciarla. Francamente creemos que para conseguir los menguados resultados que ha conseguido el Teatro de Arte Juan del Encina, no era necesario presentarse al público con las desmedidas ambiciones con que lo ha hecho. Para esto bastaba con el T. E. U., que —nosotros podemos decirlo, puesto que no hemos regateado las críticas adversas cuando sus actuaciones no nos parecieron acertadas— está muchos codos por encima en cuanto a todos los aspectos apuntados se refiere.

Los entremeses de Cervantes que se pusieron en escena en la velada aludida no encerraban novedad alguna —en esa novedad estribaba mu-

cho de lo que el Teatro Juan del Encina nos prometía— y aunque nunca está de más volver de nuevo a nuestros clásicos, preciso es que cuando se haga así se procure la máxima dignificación de unas obras que merecen todos los respetos. La obra de Azorín, «El segador», breve y enjundiosa, aunque mejor interpretada, no alcanzó tampoco el tono elevado de selección y arte a que el Teatro «Juan del Encina» aspira. No se puede, en modo alguno, pretender una labor como la que éste nos había anunciado, quedándose en titubeos e ingenuidades, en desmaños y torpezas, que, lejos de atraer al público, han de desviarle, más aún de lo que ya está, del arte dramático.

Aconsejamos desde aquí al Teatro de Arte «Juan del Encina» más modestia en sus aspiraciones y una preparación más meditada y certera en sus futuras actuaciones. A lo más se llega por lo menos, nunca proponiéndose objetivos para los que no se está preparado, o que se hallan tan fuera de nuestro alcance que antes se llegará al fracaso rotundo que al menor atisbo de éxito.

Aviso importante

Se pone en conocimiento de todos los camaradas que poseen textos de la Bolsa del Libro en calidad de usufructuarios, la obligación que tienen de entregarlos una vez finalizados sus exámenes o bien presentando el oportuno justificante de haber obtenido Matrícula de Honor, para pasar a ser propietarios, bien entendido, que pasado el día 20 de junio, aquellos que no lo hayan entregado o pedido prórroga para los exámenes de septiembre, quedarán privados automáticamente de los beneficios de la Bolsa del Libro, sin perjuicio de imponerle otra sanción.

Las horas de entrega son de una a dos y de ocho a diez, todos los días laborables, en esta Jefatura de Ayuda Juvenil, Bolsa del Libro Palominos número 3).

Por Dios, España y su Revolución Nacional Sindicalista.

Salamanca, 23 de mayo de 1945.
El jefe del Departamento de Ayuda Juvenil, Angel de Alba de Osuna.

LOS LIBROS



Las publicaciones de la Universidad

Ya en números anteriores pusimos de relieve la labor llevada a cabo durante este curso por la Comisión de publicaciones de la Universidad salmantina; labor silenciosa, recogida y perseverante, a la que nosotros, pues somos los más directamente beneficiados por ella, debemos conceder el mayor realce posible. Pecaríamos, pues, de ingratitud, si ahora, al cerrarse el año escolar, no hiciésemos aquí un pequeño balance de las actividades desarrolladas durante el mismo por la citada Comisión.

Cinco son los volúmenes aparecidos, distribuidos en las dos secciones, «Acta salmanticensia» y «Tesis y estudios salmantinos». El primero de ellos fué «La casa albercana», del arquitecto don Lorenzo González Iglesias. De esta Memoria, premiada por la Real Academia de B. A. de San Fernando, ya hicimos mención en la sección de crítica de libros de CATEDRA; trátase de un volumen de 112 páginas con multitud de grabados, diseños, esquemas y fotografías, debidos al propio autor del libro; constituye éste una magnífica aportación en torno a la arquitectura popular de nuestro país y, concretamente, de la zona serrana meridional de nuestra provincia. La fina penetración del autor, su afición a cuanto se relaciona con nuestro folklore, así como la pulcritud, elegancia y sencillez de su prosa, hacen que nunca decaiga la atención del lector a lo largo de las páginas de este libro, pese a la aridez del tema para los no profesionales.

Correspondiente a la sección de estudios médicos, englobada en el «Ac-

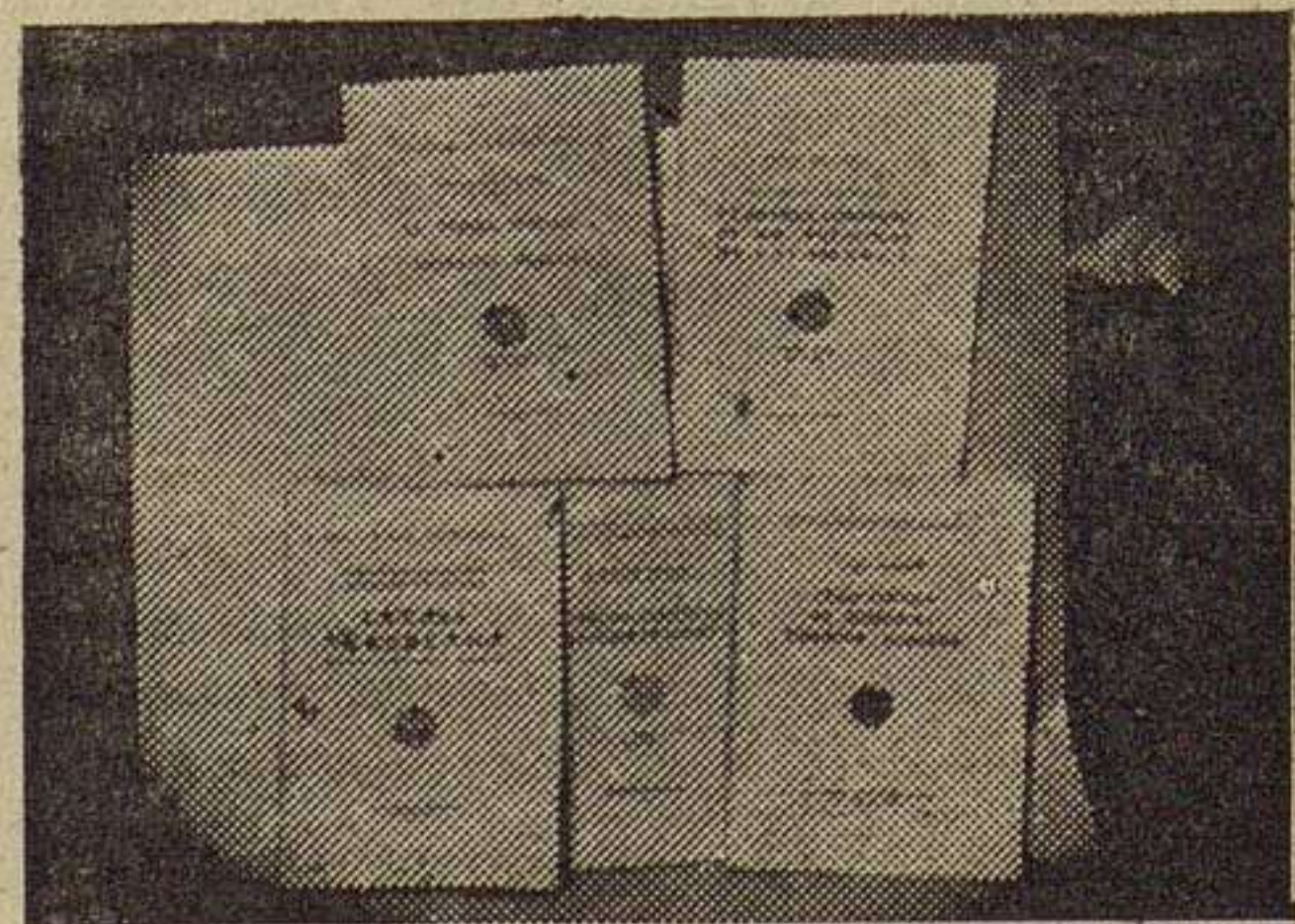
ta salmanticensia», apareció el volumen titulado «La tromboflebitis en la angina de Ludwig», del que es autor el profesor Tomás de Juan Rodríguez. No somos nosotros los más indicados para enjuiciar el trabajo del doctor de Juan, y por ello hubiésemos deseado que otros más competentes, hicieran su recensión en estas columnas; mas aquí sólo intentamos un ligero balance de estas publicaciones y para él bastará que señalemos cómo el mencionado estudio es un modelo de sistematización de la materia, desde su definición y antecedentes hasta su tratamiento. Cierran este libro multitud de historias clínicas y un completísimo resumen de la bibliografía existente acerca del tema.

«Cinco estudios de literatura española contemporánea», por el lector en la Universidad de Uppsala, Carlos Clavería, es el volumen siguiente, uno de los más sugestivos de la colección. Se analizan en él diferentes aspectos de las obras de Clarín («Flaubert y La Regenta», «Clarín y Renan»), de R. Pérez Ayala («Apostillas al lenguaje de Belarmino»), de Azorín («El tema del tiempo en Azorín») y de Machado («Notas sobre la poética de Antonio Machado»). Se nos pone sobre la pista, en estos estudios, de ciertos influjos, sugerencias y relaciones que nos aclaran, en gran parte, el proceso formativo del estilo o el pensamiento de aquellos escritores. Sobre la novedad — que llega a lo sorprendente — de los aspectos analizados, se une el interés de una bibliografía que, particularmente en la aducción de textos extranjeros, supone una valiosísima reunión de materiales de difícil acceso para nosotros,

en estos años de inquietud y dispersión.

Don Antonio García Boiza, tan documentado — encariñado, diríamos mejor — en todo lo que se refiere a las antigüedades salmantinas, nos ha ofrecido en el estudio sobre «La iglesia y convento de M. M. Agustinas de Salamanca», un trabajo en donde el escollo — para el lector que no gusta de arideces — de la investigación se salva con una prosa llena de amenidad y pulcritud. El traslado de sabrosos documentos de la época en que fué edificada la iglesia y el acompañamiento de las numerosas fotografías que se han unido al texto, contribuyen a realzar el valor de este volumen.

Por último, nuestro lector de italiano, el profesor Raffaello Viola, ha visto aparecer entre las publicaciones de la Universidad de Salamanca su estudio crítico sobre la personalidad y la obra del gran poeta Giovanni Pascoli. El texto, publicado en su idioma original, se encabeza con esta dedicatoria, que nos complacemos en transcribir: «Ai miei alunnie amici spagnoli — di — Barcellona, San Sebastiano, Salamanca — cari nomi — confortevoli immagini d'ore operose — in tanta tragedia — Nel culto della poesia della verità — della umana



gentilezza esaltammo — in noi l'eter-
no — riconoscemmo — la grande ci-
viltà — dei nostri due popoli.»

—o—

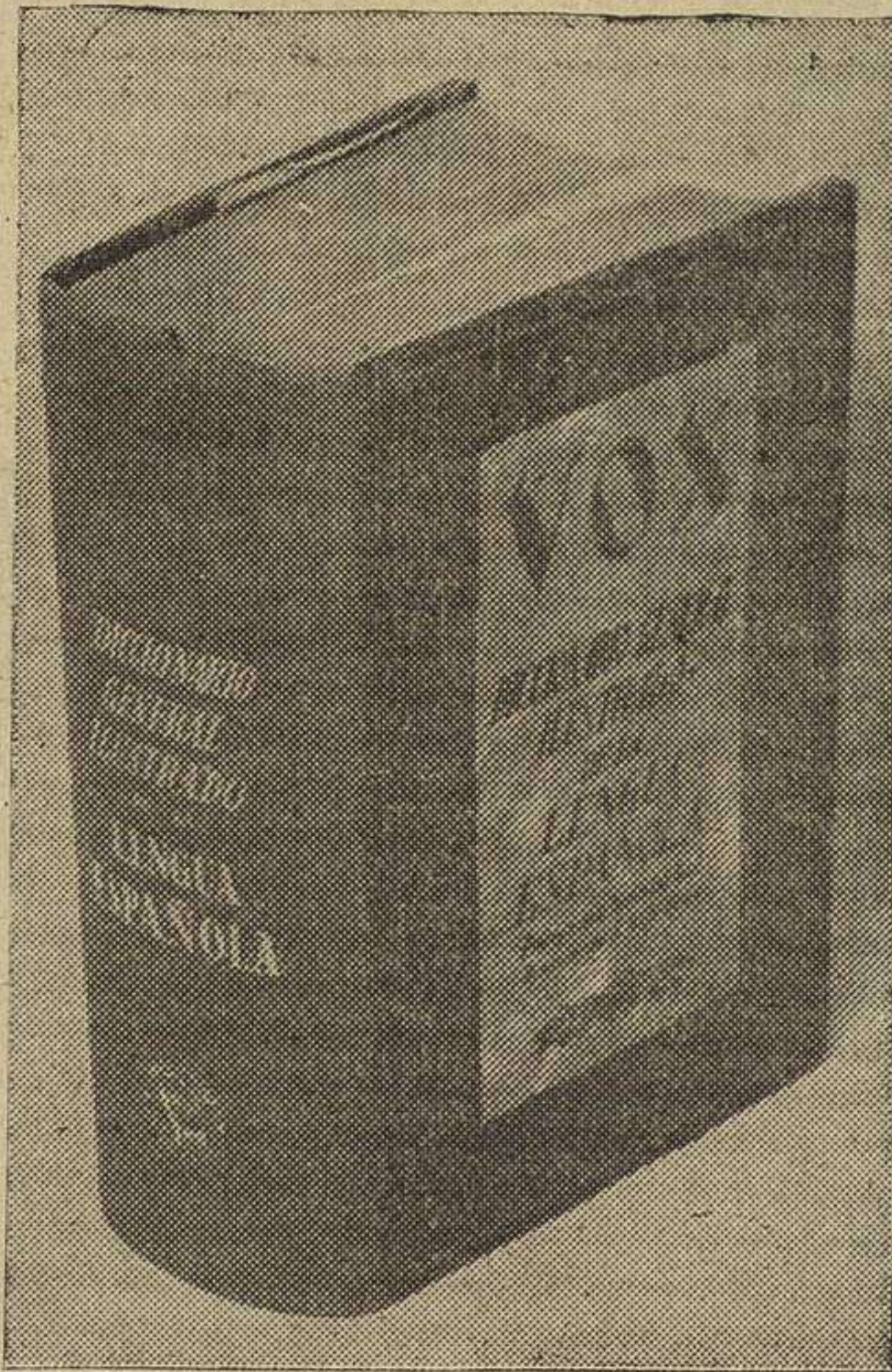
No podíamos detenernos aquí en un examen crítico de las publicaciones mencionadas; ello nos ocuparía un espacio del que nos es imposible disponer; pero sí poseemos el suficiente para destacar esta labor en conjunto, cuyos rasgos distintivos son aquellos que siempre hemos ambicionado para las tareas de nuestra Universidad: la altura de miras, la perseverancia y el decoro de una cultura que aún puede constituir uno de los más firmes puntales de nuestra existencia colectiva.

DICCIONARIO GENERAL ILUSTRADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA.
Editorial «SPES». — Barcelona, 1945.

Nada necesitábamos tanto como un diccionario cuya confección respondiese a un criterio bien orientado; demasiados eran los que poseíamos a nuestro alcance en los que, lejos de un rigor científico, la finalidad comercial parecía ser la única perseguida. Compréndese que así fuera por cuanto las empresas editoriales no ignoran que esta clase de libros, por su calidad de forzosos en cualquier biblioteca particular, se imponen fácilmente en el mercado. El diccionario de aluvión, más o menos completo en cuanto al número de vocablos transcritos, requería excesiva diligencia para que se intentase con asiduidad la revisión de su ordenamiento y el análisis de sus definiciones explicativas. Con demasiada frecuencia nos venía sucediendo que nuestra consulta, si útil para salir mediana y momentáneamente del paso, quedase frustrada por cuanto no nos bastaba con ella, por insuficiente, o no nos permitía confiar demasiado en los resultados, por la imprecisión y vaguedad advertida en el texto utilizado. Lo manejable de un diccionario, su brevedad y concisión, no acostumbra a hermanarse con la utilidad que ce-

él esperamos. De aquí que recibamos con la mejor aquiescencia éste que nos presenta ahora la Editorial «Spes», en el que vemos por vez primera realizados nuestros deseos, y de cuya revisión se ha encargado el profesor don Samuel Gili Gaya.

Mejor que unas frases de encomio para este libro, es poder ofrecer al lector, como podemos hacerlo nosotros, una comprobación bien sencilla y que él puede realizar por sí mis-



mo: la de cotejar, página a página, cualquiera de las de este diccionario con las de otros anteriores. Las limitaciones de espacio a que nos obliga nuestra revista, nos impiden ofrecer aquí algunos ejemplos; pero la prueba es harto fácil y al alcance de todos para que debamos preocuparnos por ello, en nuestro afán de encarecer los méritos de la labor llevada a cabo por el profesor Gili Gaya.

Un magnífico estudio de don Ramón Menéndez Pidal, con el título de «El diccionario que deseamos», encabeza el volumen; a él le sigue otro de don Samuel Gili Gaya en el que se dan a conocer las características del diccionario «VOX».

La impresión y ornato de la obra son de una pulcritud y esmero que bastan para acreditar a una editorial.

RAFAEL S. TORROELLA

Poesía

Si hace tiempo te perdí
por avidez de mí mismo,
por abandono a las cosas
y desdén de tu camino,
¿podré encontrarte de nuevo,
Señor, por esta veneda
del dolorido sentir
donde mi verso comienza?

PATIO

En la cuenca de tu mano
—de soledad lento aljibe—
tus oros dejas que libe
el rudo sol castellano.
Un silencio casi humano
—renunciación o ternura—
acojes tú, en piedra dura,
cárcel de sombra y sosiego.
¡Patio que estás casi ciego
por sed de azul en la altura!

CLAUSTRO

En la eternidad soñada
vives, del hombre y la piedra,
y canta tu soledad
mientras tu silencio reza.

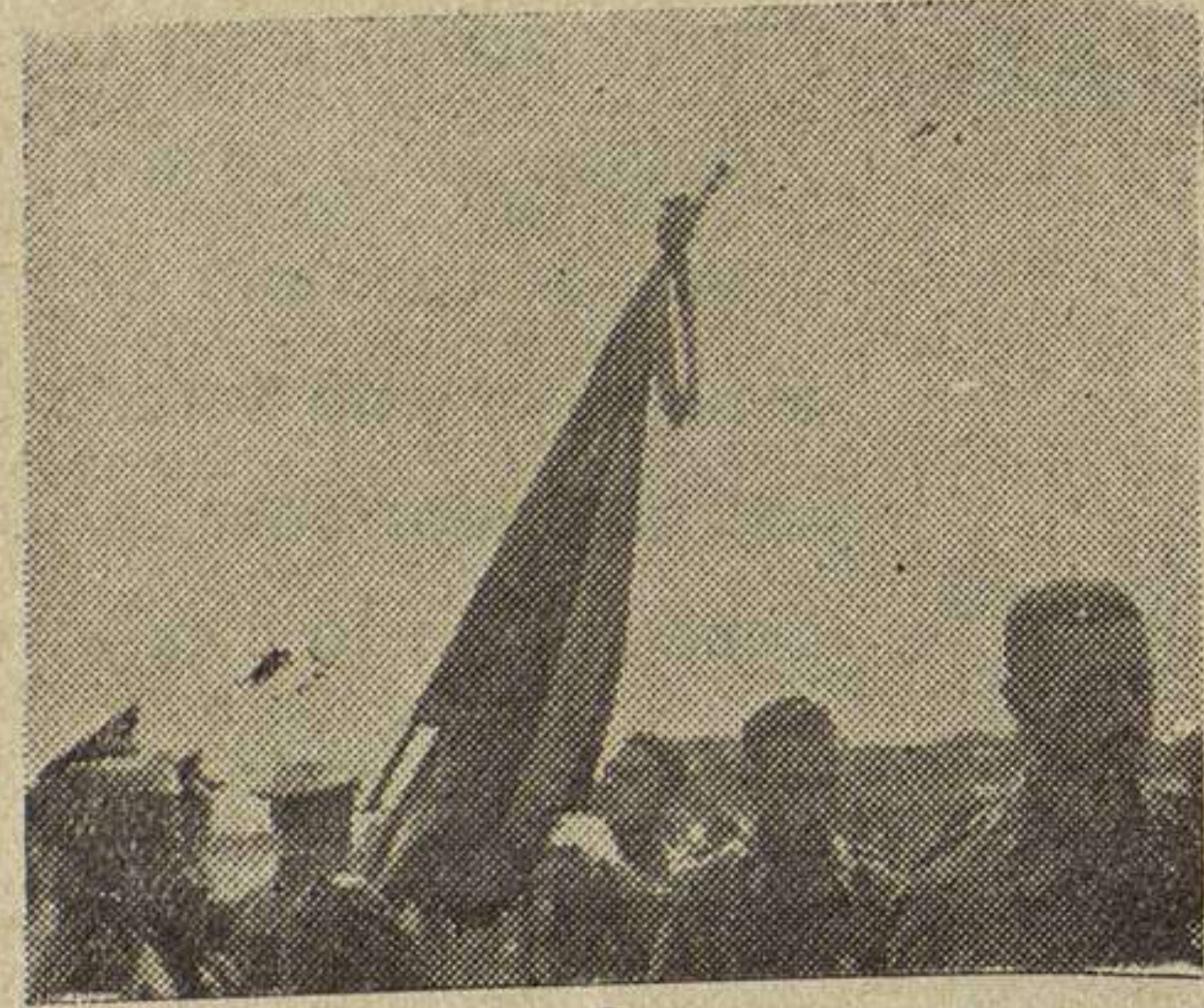
Quiero cual tú mi vivir,
claustro de paz infinita...
—y una puertecilla breve
por donde escuche la vida—.

Rafael S. Torroella.



MILICIA UNIVERSITARIA

CAMPAMENTO DE MONTE DE LA REINA



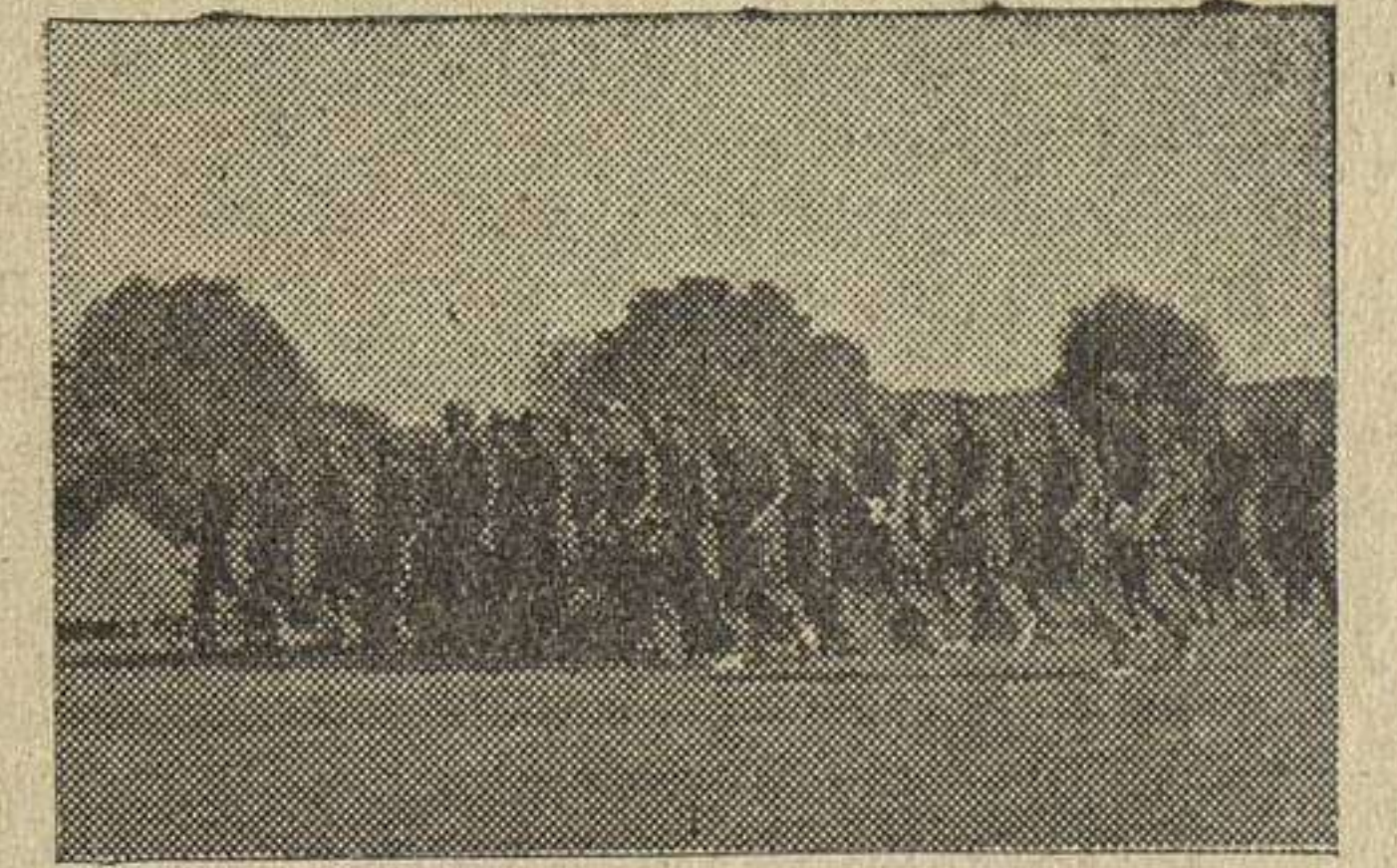
ERGUIDO EL PECHO Y LA MIRADA AL FRENTE,
COMO RECIO CASTILLO EN LA LLANADA,
SED LA LIMPIA RESPUESTA A LA LLAMADA
Y EL SI DE JUVENTUD MAS CONTUNDENTE.

DE AFIRMACIONES LLENA VUESTRA MENTE
SED EL ROBLE Y LAUREL — PLUMA Y ESPADA —
EN EL PAISAJE AZUL DE ESTA ALBORADA
CUYO SOL ES MAS PURO QUE EL DE ORIENTE.

VIRTUD EN LA BALANZA MILAGROSA:
EL ARMA CON LAS LETRAS SE ACOMPAÑA
POR LA RUTA DORADA Y PELIGROSA...

VUESTRO CLARO ADEMAN A NADIE ENGAÑA:
"EN VUESTRO PECHO TAMBIEN CABE UNA ROSA
SI ES PRECISO LA MUERTE POR ESPAÑA."

ARTURO JUAREZ ARRANZ



Aún no había yo cursado, con ser estudiante, la asignatura de no ir donde nada podía aprender. Por eso iba yo y volvía a aquella clase de Derecho Político, a garrapatear cuartilla tras cuartilla, escudriñando la voluntad del pueblo soberano. Pero ni el conocer la entraña del mecanismo electoral en los cantones suizos —valga por ejemplo de saber, mitad profesoril, mitad conserjeril— aumentó en un adarme mi personal felicidad, ni era eso ciertamente lo que allí me llevaba. Ni aun los malabarismos intelectuales con que su liberal profesor, al aire los liberales puños de reluctante celuloide almidonado, con garbo de prestidigitador veterano, semisonriente, semisibilino, hacía desfilar ante nosotros mansas bandadas de teorías, para escamoteárnoslas tras su sombrero décimonónico, apenas intentábamos asisbarle el forro al truco y ver cuál de las palomas palpataba y cuál de las teorías era verdadera. Pues era la verdad lo que yo buscaba, y era la verdad lo que se me negaba.

Pero, ¡por quién, Dios! Por quien menos creyó nunca en ella. Mundo liberal de nuestras aulas, no lo verdadero, sino lo nuevo, te importaba. Como a tu edad. Ya es síntoma que Rousseau sostuviera su tesis ante la Academia de Dijón más por novedad que por convicción. Por lo que luego los románticos dirían «épater le bourgeois», amedrentarle, apabullarle, gritándole de sopetón que a él, con su Municipio y sus campos cercados y sus Tribunales, le era superior un froqués cualquiera vociferante. Síntoma, dije. De nuestros señoritos pedantes de la república, hablando con los ojos entornados de «esa interesante experiencia rusa», última reencarnación del espíritu diablo de Juan Jacobo, jugando también, «snob», con el fuego de la gran Revolución. Pero ello tiene su etiqueta en el infierno: orgullo. Por él, cada cual, desligado de la disciplina medieval, pretendió que se le entregara a él solo la verdad, y su verdad pro-

Aulas muertas

por

JOSE M. GARCIA ESCUDERO

pia, de ningún modo análoga a la de otro cualquiera. Pues —va para un siglo que, en 1851, escribiera esto Donoso— «el yo es, por su naturaleza, satánico, y por su índole, insociable. En el infierno no hay más pronombre que yo; en el cielo no hay más pronombre que Tú; porque en el cielo no hay más que humilde y arrebatada adoración, así como en el infierno no hay más que frío y detentado orgullo».

El yo resonó en nuestro tiempo, quintaesencia del egoísmo, como en una bóveda hueca de cualquier otro sentimiento. Y si supo producir aislados sofismas gigantescos, filosofías de pies de barro, más frecuentemente fué causa de que cada hombre, por decir algo nuevo, se estimara usufructuario de la verdad, y aunque despreciara ésta por aquélla. Es el romántico, desmelenado, tísico y febril, admiración devota de cuatro damitas cloróticas; o Voltaire, viejo zorro, olor a azufre bajo el blanco peluquín, colándose de rondón en el rosario de nuestros abuelos, la Enciclopedia tras la casaca; o Victor Hugo, tronitonnante Júpiter del Olimpo liberal, calando al diccionario un gorro frigio; o el profesorzuelo del Ateneo, jugando negligente los lentes, y ni aun mirando cuanto no le hablara de ilustración, progreso o democracia; o cualquier resentido auxillarillo de cátedra, bien aupado en su erudición barata, salpicando su hablar pedante de pedantes citas en enrevesado gamatías, ni por él comprendido; o el aprovechado pensionado de la Institución Libre, barajando, a su vuelta, fichas y más fichas, modas y más modas, ante el estupor palurdo de sus

salmeronianos maestros, que, en sus novedades, no pasaron más allá del París de la Francia, ni supieron otra cosa que atragantarnos con su Krause, como antes con su progresismo terril y comefralles, y, mucho antes, con el himno de Riego y Constitución del Doce. Sus hijos, en cambio, supieron pasarnos, y en bandeja, cuanto fuera de España se chismorreaba, para que escogiéramos. Sólo lo español les era extraño, aun en la sintaxis; pero en algo había de conocerse que eran todos unos. En eso y en su desprecio por lo real. Hablaban de arte deshumanizado. Todo lo era en ellos. A la paradoja de la prosa y a la poesía pura, de pura, algebraica y de fórmulas, respondía la pura ciencia, confinada en una estéril torre de marfil. Porque ¿podía yo hablar del Poder sin pensar siquiera en aplicar lo que estudiaba? ¿Es que servía de algo estudiarlo? Mas la ciencia en las nubes, con su aparato fantasmagórico de doctrina esotérica, y sus trampantojos y su oropel, les servía mejor para la personal ostentación.

Sólo que así, lo que un día movió muchedumbres, se hizo muerta doctrina de lánguida vida en aulas asépticas, de espaldas a la realidad, en un ambiente pesado de quirófano, sin el latir poderoso de historia que animó los deslucidos bancos de la cátedra de un fray Luis, y floreció el escepticismo en quienes veían con cuánta facilidad parecía entregarse la verdad al primer pretendiente que la invocaba. Pero la verdad residía en España, cabalmente donde no la habían buscado. Tres líneas de Suárez me enseñaron más que un centón de opiniones nuevas. Justamente porque éstas eran eso: opiniones, amable discreteo de salón, y lo otro, pelear contra un error tangible y enemigo, y pelear con uñas y dientes, latines y espadas; no ciertamente ciencia de ciudad, cenáculos literarios y correveidiles, sino conventual o castrense, con jerarquía y disciplina. Donde la verdad no es una teoría más, sino la verdad.

NOTA IMPORTANTE

Como en años anteriores el S. E. U. ha organizado un servicio de envío de paquetes con destino a los universitarios de este distrito encuadrados en la Milicia del Campamento de Monte de la Reina (Zamora).

El transporte de los envíos se efectuará en el camión que partirá de Salamanca todos los sábados. Todas aquellas personas que deseen utilizar este servicio deberán depositar sus encargos en el comedor universitario (calle de Palominos) de martes a viernes de cada semana. Cuantas novedades surgieran respecto a este servicio serán comunicadas oportunamente a través de la prensa local.

La Administración.

MANUEL IRADIER

por IGNACIO DE ALDECOA

Floreceían los manzanos en la llanada, y el monte Gorbéa, columbrado entre nieblas, era un Fuji-yama, poderoso y alegre, de la primavera alavesa, cuando vino al mundo Manuel Iradier y Bulfy, en aquel año rebelde de 1854.

El esperado grito de sublevación, presentido en la hosquedad del ambiente, aún no había sonado, y Cánovas del Castillo era, todavía, un joven desconocido, mientras que el gobernante de la nave de España se encontraba en las manos serviles del Ministerio Lerchundi, que, «todo moderación y buen sentido», doblegaba su carlismo prestando pleitesía a Isabel II.

Vitoria, por aquel tiempo, pequeña y recoleta, mostraba al viajero el esbozo de una sonrisa giocondina en su exterior agradable de ciudad trabajadora y tranquila, mientras se roía las entrañas silenciando odios y rencores producidos en la guerra civil.

Iradier, apenas enjugado su llanto de recién nacido, emprendió su primer viaje marchando a Bermeo en andas de los amantes brazos de su madre, doña Amalia, calmadora, cariñosa de la desazón del infante, traqueteado y lloroso por la vieja y cachazuda diligencia. Estas lágrimas profetizaban y precursaban las que le producirían sus futuras salidas de Vitoria.

Ocho años cara al mar impetuoso del golfo de Vizcaya, acostumbándose a ser y al cabo, como solución familiar, el regreso a la ciudad, nueva y gigantesca a los ojos inquietos del futuro gran hombre. Después, estudios y largas veladas, en las tardes densas, leyendo e imaginando. El Instituto..., la carrera en la Universidad—emprendida sin ninguna vocación—y, por fin, la fundación de «La Exploradora», sociedad en la que puso todo su inmenso entusiasmo y de la que surgió, entre cálculos y discusiones, el proyecto africano.

Lo que fué proyecto, siguiendo un proceso purificador, se hizo realidad.

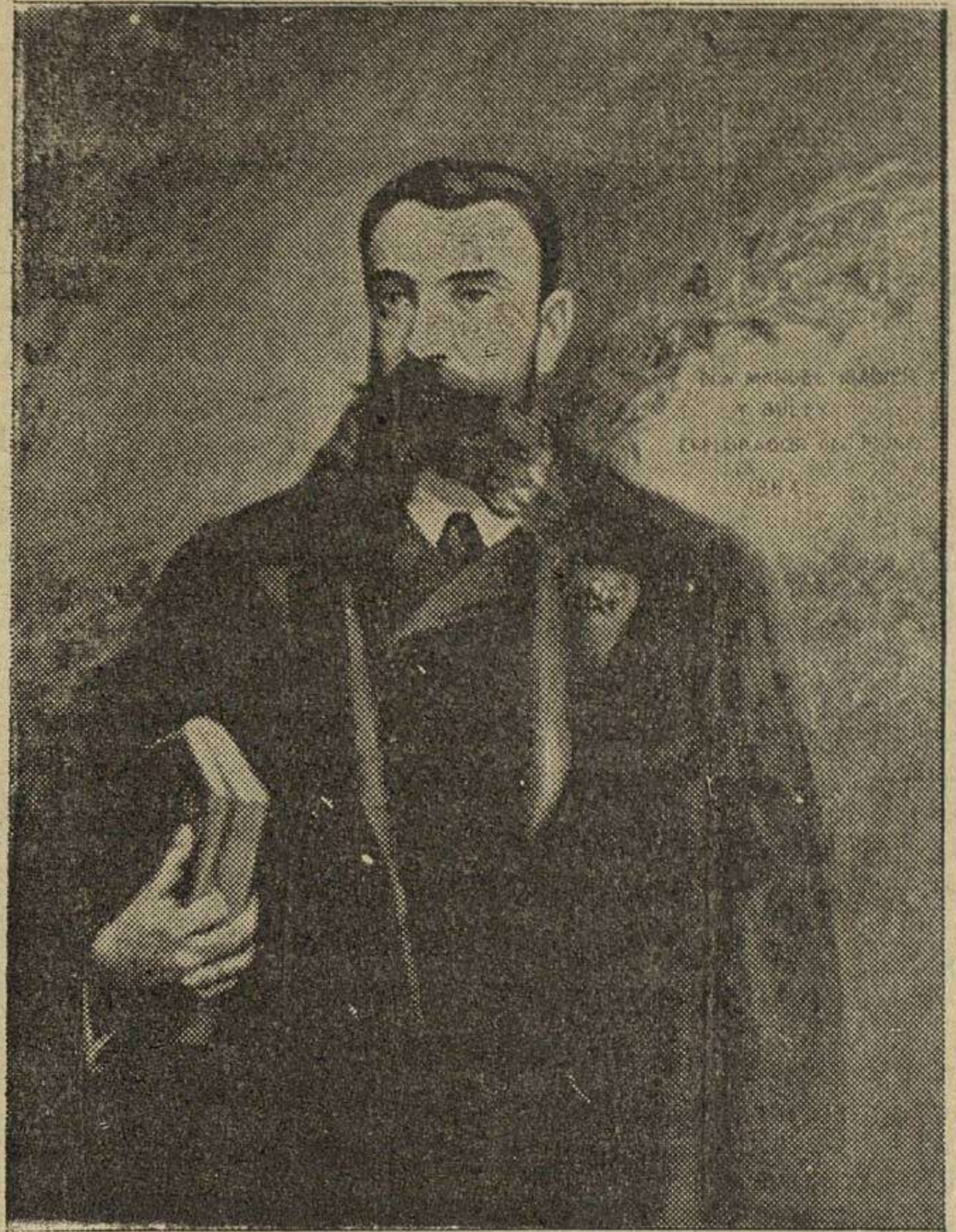
Africa, vieja de estudios y misteriosa de sensaciones, requería trabajos sin cuento, y allí se fué Iradier, el ánimo contento y las espaldas fuertes, dispuesto a soportarlos todos.

¡Qué lejos ya el Iradier niño, ensimismado detrás de la cristalera del mirador de la casa paterna, la escopeta de juguete en sus manos infantiles y la vista largada al infinito, rumiando ilusiones, dejando que la lluvia, la mansa y cansada lluvia vitoriana, al poner sus chorretones en los cristales le borrara el espacio, ayudándole a soñar; de este Iradier, hombre de los anchos días ecuatoriales, el «Remington» en las manos viriles y la mirada perdida en la inmensidad de la selva, falto de ilusiones y rico de verdades descorazonadoras, luchando porque las fiebres, las terribles fiebres de Guinea, no chorrearan de sudor su frente, robándole el paisaje de los ojos, ayudándole a morir.

Incansable, gran korrikolari de la selva, a pesar de sentirse enfermo, sube por el Muni, y sin que ríos, bosques o tremendales sean obstáculos capaces de detenerle, llega hasta Ba. Los éxitos se suceden, pero son muchos los esfuerzos y a la postre cae vencido por la enfermedad. Tiene que regresar a la Península.

«El Stanley Vascongado» le llamó el Marqués de los Castillejos, confundiendo la expresión, ya que Iradier no es simplemente un explorador, sino un conquistador, nuevo Pizarro, que, en pleno siglo XIX, lucha contra todo por ganar tierras para España. Sembró un Imperio y quiso la desgracia de ese siglo desarticulado en que vivió, que la simiente cayese en tierra pedreada de escepticismos, impidiéndose así su fertilización. Hubo políticos que apenas le hicieron caso, y politiquillos que tuvieron la inconcebible desfachatez de declararlo culpable de «poco éxito», y ha tenido que ser ya en nuestro tiempo cuando se ha logrado el hacerle justicia.

Iradier, uno de los temperamentos más activos y fuertes de su época, es el Aquiles de la gran epopeya del Africa española. De una personalidad tan vigorosa y



«Manuel Iradier», cuadro de Adrián de Aldecoa

atrayente, su nombre entrelaza sus letras con los de los conquistadores de nuestro siglo de oro, formando los arcos heroicos de la Heroyada de la Conquista. En Africa dejó lo mejor de su existencia, su salud y la vida de su hija Isabel. A Africa dió su fortuna, costeándose, casi enteramente, los gastos de su primera expedición.

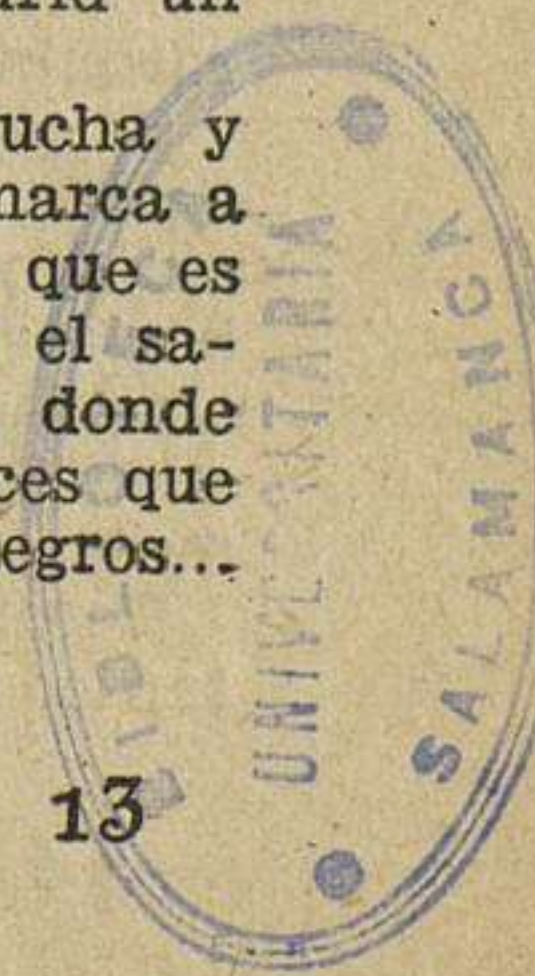
Ha sido José M.^a Ordero Torres, el gran escritor de estudios coloniales, el que, en su magnífica obra «Iradier», ha dicho que volvió de su primer viaje «repleto de datos y cubierto de gloria anónima, arruinado, sin propósitos para el porvenir inmediato y con todos los suyos enfermos».

Gracias a Dios, lo que no ha sucedido es el que su labor fuese insuficiente, por ser sola, pues tanto Osorio como Montes de Oca, sus antiguos compañeros de expedición, se sacrificaron a ella, y otro vascongado, Pedro Arriola Bengoa, llamado por los indígenas «El elefante blanco», fué su digno continuador.

Retirado de sus actividades africanas, no volvería ya a ensimismarse y a soñar como en sus años infantiles, sintiéndose cansado, imploraría a la lluvia que barriese de sus secos ojos el paisaje aburrido de la vulgar vida cotidiana, y a la postre tendría que ser, como antaño, la fiebre la que viniese a cumplir tal cometido, empujándole más y más al eterno sueño.

Acongojado por los desengaños, murió en Madrid un día de pegajosa calor del verano de 1911.

Don Manuel Iradier, ejemplo perpetuo de lucha y desasosiego por el logro de una España Grande, marca a la juventud una directriz de humildad y trabajo que es preciso seguir. Su doctrina está compendiada en el sacrificio, y desde el fondo de la tierra africana, donde reposa su cuerpo, llama a los españoles con voces que se extienden como el tam-tam de los tambores negros... Juventud, a Africa, a Africa.





DEPORTES

por GARRIDO

Salamanca, vencedora en el campeonato femenino de HOCKEY

En el campo de la Balestra de Palencia, se han celebrado las pruebas semifinales y finales de los VI Campeonatos de hockey de la Sección Femenina de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

El día 8, a las siete y media de la tarde, contendieron en la prueba semifinal los equipos de La Coruña y Salamanca, acudiendo a presenciar el encuentro gran afluencia de público. El partido fué bastante igualado, a los diez y nueve minutos de juego, el extremo izquierda salmantino, en un pase magnífico, consiguió el primer gol, finalizando el primer tiempo con este resultado. En el segundo, La Coruña salió decidida a lograr el empate, no consiguiéndolo ante la per-



fecta seguridad de la defensa contraria, terminando el encuentro con la victoria de Salamanca.

En la tarde del día 10, se celebró la prueba final; el campo engalanado con banderas del Movimiento, se encontraba totalmente lleno de público. En la presidencia figuraban el jefe provincial y gobernador de la provincia, la auxiliar central de Educación Física, el jefe del Departamento Central de Deportes, delegada provincial de la Sección Femenina y varias jerarquías y autoridades.

Saltaron al campo los equipos de Sevilla y Salamanca. Los primeros momentos de juego fueron alternos, hasta que el delantero centro salmantino marcó el primer gol, a partir del cual, Salamanca dominó plenamente, marcando un nuevo gol.

Terminado el encuentro con un tanteo de dos a cero a favor del equi-

po salmantino, se proclama a éste campeón de España de segunda categoría.

Seguidamente, los equipos participantes se alinearon ante la tribuna, donde el excelentísimo señor gobernador civil y la auxiliar central de Educación Física, hicieron la entrega de trofeos individuales al equipo, entregando a la capitana del mismo una hermosa copa, que viene a engrosar las victorias obtenidas por Salamanca en su corto historial deportivo.

Campeonato local de TENNIS

La Jefatura Provincial de los Servicios de Educación Física del Frente de Juventudes, en colaboración con la Sección deportiva de la Unión Deportiva Salamanca, organizó en los primeros días de mayo el Campeonato local de tenis, primero de este género deportivo que se celebra en Salamanca.

La U. D. S. ofreció para la realización de este campeonato las magníficas pistas que tiene instaladas en su campo de deportes, en las cuales se han desarrollado todas las pruebas de este campeonato bajo la dirección técnica del formidable tenista, Alberto Llorente.

Catorce han sido los participantes; de ellos, diez camaradas del S. E. U. eran toda la representación masculina, y cuatro damas de la alta sociedad salmantina, como conjunto femenino, nos dan prueba de la poca acogida que este deporte, tan completo como elegante, ha tenido en esta ciudad.

A pesar de todo, pudimos apreciar que hay también un gran número de aficionados, jugadores algunos, o quizá, simplemente admiradores que a diario se desplazaban para seguir con todo detalle el curso de las pruebas.

Hemos echado mucho de menos en este campeonato a nuestras camaradas femeninas del S. E. U., como Mari-Nieves Jiménez, Maribel Escribano y la ya destacada figura de Pilar Ortiz, revelación deportiva en la pasada olimpiada estudiantil.

A partir de éste, y con la esperanza puesta en las nuevas pistas de tenis que tendrá el Frente de Juventudes para sus afiliados, podemos anticipar la celebración de más campeonatos de este género, y con ello podremos elevar aún más el número de deportistas jugadores de tenis.

DATOS PARA EL ARCHIVO
Individuales damas. Campeón: Se-

ñora Amparo González.—Trofeo de la Sección de Tenis de la U. D. S.

Dobles mixtos. Campeones: Señorita Isabel Jiménez y camarada Alberto Llorente.—Trofeos de la U. D. S.

Dobles caballeros. Campeones: Camaradas Llorente y Cabrera.—Trofeos del S. E. U.

Individual caballeros. Campeón: Camarada Llorente.—Trofeo del excelentísimo y magnífico señor Rector de la Universidad.

Terminaron estos Campeonatos con



la final, muy reñida, entre los camaradas Llorente y Cabrera, en la Individual caballeros, que terminó con la indiscutible victoria de Llorente, superior en clase y técnica a su adversario.

A continuación se procede a la entrega de abundantes trofeos por los camaradas de los Servicios de Educación Física del Frente de Juventudes.

El equipo de balón mano del S. E. U. campeón provincial

El domingo, día 20, tuvo lugar en el campo de la Unión Deportiva de Salamanca, la final del Campeonato provincial de balón a mano entre los equipos de Luises, campeón provincial en la temporada pasada, y el S. E. U. Un tanto difícil resulta el hacer un resumen de lo que fué este encuentro, tan reñido como amistoso debiera de haber sido, pero no hemos llegado todavía a la pureza del deportista y aunque esto se ha de lograr a costa de algunos esfuerzos, por ahora no tenemos más remedio que tropezar con incidentes desagradables, viejos resabios de actividades en diversos clubs.

En la primera parte hubo dominio absoluto del equipo de los Luises, que se encontró ante un portero totalmente desconocido, Zožoya, que no era

(Sigue en la página 19)



cine



ENSAYO SOBRE "CHARLOT"

por ROMAN PEREZ

Ante el estreno, hace pocos días, de «La quimera del oro», una de las mejores creaciones del ciudadano inglés mister Charlie Chaplin Charlot, hemos vuelto a renovar aquellas sensaciones de antaño, que nos arrancaban una sonrisa irónica, apenas perceptible, y nos hemos decidido a escribir algo sobre el genio humorístico de Charlot.

«El mundo—ha dicho Horacio Wapole—es, a la vez, una comedia y una tragedia: una comedia para el hombre que piensa, y una tragedia, para el hombre que siente». Basta que cualquiera de nosotros, los mortales, lleguemos a la perfecta conjunción de pensamiento y sentimiento de nuestra tragicomedia, para que nazca el «yo» humorista.

Esto es lo que sucedió a Charlot: Un día, muy joven aún, Carlitos vió cómo la Humanidad se reía de un viejo lavacoches de Londres—el cual le inspiró su indumentaria y grotesco andar—, cómo escarnecía con mofa la risoria figura de aquel hombre y se puso muy triste, sin saber por qué, sintió sobre sí toda la burla despiadada; aquel día le nació el alma a Carlitos y lloraba amargamente...

Fué otro día, más tarde, quizá tarde gris, cuando la mofa de la Humanidad la «sintió» directamente sobre sí. Cuando él se creía más divino, la risa le abofeteó su rostro y... también lloró, ahora sin consuelo. Pero como luego se hubo serenado su ánimo, «pensó» fríamente sobre aquello, y, el efecto, fué una amarga sonrisa; vió lo sublime convertido en ridículo. El payaso de circo (tal era su profesión), quiso vengarse de la Humanidad que tan mal lo había tratado, y, lo ridículo lo hizo sublime, consiguiendo exactamente de la Humanidad lo que sorprendió en ella frente al viejo lavacoches. Nació el humorista en Charlot, al unirse en un solo hombre el que sentía y el que pensaba, por esto, Charlot se parece tanto a nosotros—al Hombre—, que nos identificamos con su tragicomedia. Charlot es el payaso genio, que con su facilidad de observación y asimilación, no exagera, con efecto doble, la vida y, tan perfectamente, que apenas advertimos la ironía que se esconde en esa bufonada maestra. Y reímos cuando llora, como hizo una tarde gris la indiferente Humanidad.

Charlot es siempre un pobre hombre, una víctima del Destino, recordad «La quimera del oro» y otras tantas; todo y todos en contra suya: el «matón» le abofetea y se ríe de él; luego se «tira la plancha», creyendo que «ella» le hace señas y es a quien tiene detrás; su timidez le hace reaccionar como un idiota cuando encuentra el destrozado retrato de ella; en fin, hasta las bienvenidas y saludos de su antiguo amigo, son porrazos. Siempre las circunstancias le elevan a la ridiculez ante la masa de los demás. Su continuo pensamiento—su mueca nos lo hace comprender—es: «tierra, ábrete y trágame». Pero he aquí que su sufrimiento, como todos, tiene un límite, y entonces aparece el humorista, el cínico, y él también ríe ante la risa de los demás, que es cuando nos parece más sublime. Pero Charlot siempre triunfa en su desgracia; algo, como venido del cielo, en su ayuda, tumba al matón; es aquí, en «La quimera del oro», el reloj que cae de lo alto sobre su rival y él cree haberlo derribado con el



soberbio puñetazo que pega a la columna y que le hace reír cervicalmente.

«Cuando Charlot—dice S. Agullar—castigado y zaherido ríe convulsamente, está a punto de vencer. Y su revancha, por lo inesperada, adquiere siempre proporciones de apoteosis. ¡Triunfo maravilloso del débil que, sobre el amplio de la fantamosgórica pantalla, hace ondear un disfraz de mendigo vergonzante, como una bandera de redención y de justicia! El disfraz de Charlot, es el disfraz de nuestros anhelos recónditos, de todo lo que late en nosotros de amargura durante la dura lucha por la vida, de cada día más cruenta; de cada día más guerra sin cuartel en este siglo... El disfraz de Charlot es inmortal, porque es el disfraz de nuestro siglo...»

Charlot cumple en el cinematógrafo la humana labor —consuelo— de Cervantes en la literatura; pero Charlot es dos veces genio, es: Charlot creador y Charlot creado, es decir: Cervantes y Don Quijote, o también Shakespeare y Hamlet. Vino a ridiculizar a los ridiculizadores, a tomarles su pelo, a vengarse de ellos por todo cuanto sufrieron y sufrimos los demás; vino a salvarnos del nuevo dolor del mundo.

Ante la obra de Charlot hemos llorado lo mismo que Lord Byron lloró leyendo las locas hazañas del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

A Charlot lo hemos compadecido de todo corazón, pero —¡porqué no desahogarnos!— egoístas, pues, nos compadecíamos nosotros mismos al compadecerle, ya que su dolor era el nuestro y su actitud ridícula la conocíamos por haber pasado por ella alguna vez.

El humorismo de Charlot tiene varias finalidades: hacer reír a unos, educar a otros y consolar al resto. Y a aquellos que consuela lo consigue por el llanto, en el mar de las estruendosas carcajadas siempre sabemos que hay alguno que ahoga su sollozo; éste es el intelectual, la minoría que piensa, que siente.

Si ahondamos en su humorismo, en el orden psicológico de su tragicomedia de pobre-hombre y de hombre-pobre y desmenuzamos sentimientos, llegamos a encontrar la causa origen de todo humorismo: «los complejos de inferioridad». Todos los conocedores del corazón humano: Cervantes, Shakespeare, Montaigne, llevaron el análisis infinitesimal de su «yo» a unos extremos que no habían sido rebasados por nadie hasta aquellos días, todos ellos son reconocidos alguna vez a través de su

arte, en el desarrollo psicológico de alguno de los personajes de sus obras. En esto se diferencia, precisamente, el arte de Charlie Chaplin, éste llega al análisis de su «yo» atómico—al tiempo, «yo» de la Humanidad— sin siquiera intentar esconderse, y es el primero que se ríe de su sombra. Los complejos de inferioridad nos lo presenta tal cual los siente, crudos, amargos e insultantes, matizados con su gracia gravemente socarrona.

En el amor fué donde más inferior sintióse Chaplin, quizá debido a su naturaleza apasionada, demasiado sensual. Esto es verdad, a pesar de que sus numerosos matrimonios: Lita Grey, Mildred Harris, Paulette Goddard, puedan parecer una prueba que afirme lo contrario. Siempre sucumbió, por su inflamable temperamento, ante la mujer, y ésta siempre se rió del Rey de la Risa. El divorcio de su primer matrimonio, de Mildred Harris, le costó doscientos mil dólares; su segunda esposa, la pálida y virginal niña—¡dieciséis primaveras que exhalaban enervante aroma, cual una sola!—, hizo comprender a Charlot el rencor de hombre cazado en vez de casado, y la nena de labios gruesos, sensuales, que consiguió encender su excitable sangre, exigió, como indemnización contra el pobre Charlie Chaplin Charlot, un millón de dólares.

Todo este sufrimiento, toda esta tragicomedia de su amor está condensada en su película «El Circo». Vuelve Charlot a la pista, en la que se hizo, y coincide la nostalgia del payaso con la huida del ridículo en que quedó. En la escena final de «El Circo», Charlot sintetiza toda su sublime amargura. Cuando llega en busca de su amada, de la flor de sus ilusiones y no encuentra más que el solar donde se dibuja el círculo que dejó la pista: el único fin de su vida había volado y allí no queda más que la borrosa huella del circo bullicioso... Aquella escena no la vimos clara porque las lágrimas nublaron nuestros ojos... ¡Qué pena nos dió!, ¡un nudo ahogó en flor nuestros sollozos!... Sentimos ganas de consolarlo mientras la lluvia de carcajadas apocaba nuestros sentimientos...

Y, como otras veces, ante la verdad de aquella mentira, comenzó a desaparecer, lentamente, sin saber a dónde ir, ni para qué; desaparecía sin comprender, sin poderse confesar que aquello era verdad: que el circo y la que le hizo ansiar la vida le hubieran abandonado en realidad, y luego, de pronto, rápido, con la irrisible e inverosímil esperanza de alcanzarlos en su marcha, corrió alzando una pierna, haciendo esa pirueta bufa, tan suya, horriblemente bufa, escarnio de su invencible inferioridad. Y fuimos dejándole de ver muy lentamente, confundido con la nada...

Pero Charlie Chaplin Charlot simbolizó humorísticamente estos sentimientos de inferioridad humana, los ridiculizó, se rió de la risa grotesca, blandió su flaqueza y le sirvió de arma defensiva y ofensiva a la vez, azuzándose con su propia cobardía, hizo de su arte espada de dos filos, con la que apuntó a matar por entre los cuernos de los pobres diablos superiores.

En fin, el humorismo de Charlot es, como el que define Ramón Gómez de la Serna: «de lo más limpio de intenciones, de efectismos y de trucos. Lo que parece en él truco, es, por el contrario, la puesta en claro de los trucos que antes se guardaban escondidos y sin delación, y que por eso eran más responsables y graves. ...En el humorista se mezclan el excéntrico, el payaso y el hombre triste, que los contempla a los dos.»

Chaplin nos ha llevado a un estado de ánimo de conocimiento cierto, exacto de la vida, que nos insensibiliza un poco ante sus dos facetas: la trágica y la cómica. El filósofo Chaplin ha dicho: «...Nada más triste que poseer gloria y dinero... Se llega un día, por fin, a la Serenidad; ese día se conquista para siempre la Serenidad, y entonces se ha llegado a la más alta cúspide de nuestra vida. Y todo lo que se ha ansiado o ansia, pasa al lado nuestro, y se comprende, bien muy bien, el valor de la felicidad perdida o no alcanzada. Pero ya no hay heridas que sangren ni dolores que tiemblen, y se comprueba que, al fin, estamos por encima de todo, para comprender, para sentir, para olvidar acaso... Hemos conquistado entonces nuestro mejor tesoro: la Serenidad...»



UN CENTENARIO VERDAGUER, EN 1945

por RAFAEL S. TORROELLA

Necesitamos penetrar en el corazón del poeta para comprender su vida y encontrar en su obra el estremecido sentir que nos permita reconocernos en él. Busca nuestra intimidad el poeta, tanto si sólo procura deleitar nuestros oídos con la musical fluencia de sus versos, como si, más ambicioso, pretende arrebatarnos con los vibrantes alaridos de sus épicas estrofas. O estamos con él, de alma a alma, o se nos negará el más profundo y emocionado sentido de sus palabras. Acerquémonos a él, pues, si hemos llegado a amarle por sus obras, como lo haríamos a la más pura y noble amistad de nuestros años mozos.

No todo está en las circunstancias externas que acompañaron a su nacimiento, a su juventud o a su vejez. Unas breves notas nos bastarán para conocer lo indispensable. Nació en un humilde pueblecito de la plana de Vich en el año 1845. Fué labrador. Cursó estudios eclesiásticos en la ciudad que es —él había de decirlo, y sus palabras nos transfiguran ya la realidad— "como un nido de flores colgado de una rama del nevado Pirineo". En edad muy temprana concibió un gran poema, "L'Atlantida", que es la epopeya de nuestro suelo, de la tierra dura y altiva que nos vio nacer. Desempeñó su sagrado ministerio en la parroquia de Viñolas de Orís, como vicario. Estuvo enfermo y pasó al servicio de unos señores que le hicieron capellán de uno de sus navíos, en la empresa de que eran propietarios. Recorrió diversos países el poeta. Escribió versos, muchos versos. Diríase que su vida no tuvo tiempo para otras ocupaciones, pero sí, sí que lo tuvo: para hacer muchas y piadosas obras de caridad, para conocer las mieles de los aplausos y las amarguras de la decepción. Fueron tristes los años de su vejez. No fué comprendido por muchos de los que le rodeaban: ni por los que hacían de su admiración arma de combate ni por aquellos que, juiciosamente, querían llevarle por el "buen camino", como si se tratase de un niño revoltoso, de un incapaz o de un enfermo —¿a qué poeta no le habrán ofendido amistosos desvelos o extremadas amonestaciones de cordura?—. Al cabo, concluyó santamente sus días invocando, como tantas veces lo hiciera durante su vida, el dulcísimo nombre de Jesús.

Era un alma niña la de mosén Cinto. Pura, ingenua, delicada y fervorosa, como la de la infancia ideal en que sueñan nuestras desazones de madurez. Nada había de turbio o de retorcido en su pecho, tenía la altísima simplicidad de los corazones esforzados, que, en poesía, es tanto como decir la gracia angélica de los elegidos. Por eso muchos no le comprenden hoy no logran conmoverse con sus canciones, sus místicos idilios, sus majestuosos poemas; se han hecho a las aguas pegajosas y densas del estanque, y las purísimas y claras que descienden de las cumbres se les antojan desabridas, heladas en extremo.

No se gustará plenamente la poesía de mosén Cinto si no se repara en que es en ella, por primera vez desde el Romanticismo, donde la inspiración recobra de nuevo su limpieza y excelcitud. Había dejado de ser el poeta el clérigo sabidor "que a los cuerpos alegre é a las almas preste", el juglar que solaza a su auditorio con peregrinas historias, o el cultivador de la agudeza y arte de ingenio, capaz de revestir con el más bello ropaje los deliquios de su espíritu, dejó de ser todo eso para convertirse en un ente torturado —¡seguís siéndolo vosotros, jóvenes poetas de hoy, perdidos en el oscuro dolorido sentir!— rendido a sus reales o imaginarios extravíos, hijo del desasosiego, de la inquietud espiritual en que desesperadamente, a falta de sublimes verdades en que confiar, buscaba tabla de salvación para no hundirse del todo. Abroquelado en ella, todo se volvían tempestades que sortear, piélagos que impedían la absorta contemplación de la impasible belleza de los cielos. Jacinto Verdaguer es una cumbre aislada y señera sobre el páramo triste de la moderna poesía, y para llegar a ella es necesario despojarse de todas las trabas, de las viciosas complacencias con que nosotros hoy, hijos del cansancio, la incredulidad y el desaliento, venimos moldeando nuestro espíritu. Así nos ofreció él una imagen del poeta en la que difícilmente reconoceríamos a otro, entre los de su tiempo, que no fuera el mismo autor de los "Idilios y cantos místicos". Es en la poesía "Los poetas a la Verge de Montserrat": "A todos nos cobijáis Vos —dice—, pero más amorosamente a los poetas porque volamos, cantando, como golondrinas cuando nace el día, porque damos consuelo a aquel que llora, valor al que decae, y al que tristes nostalgias en este mundo sufre mostramos el cielo más azul, porque somos guía de los que no ven, del combatiente aliento porque en medio de la noche enseñamos el día y la vida dentro de la muerte".

A estas palabras responde y respondió siempre la inspiración de Jacinto Verdaguer y toda su obra queda definida por ellas. Acerquémonos a su poesía para solazar nuestro espíritu, para mitigar nuestros pesares, para recobrar aliento en la noche oscura de nuestras tristezas, pero hagámoslo limpios de corazón, con el fervor, la humildad y la sencillez que tuvo siempre el poeta. No pidamos, como los que nunca llegaron a comprenderle del todo, un Verdaguer más "personal" ni celebremos, como hicieron algunos, que se viera turbado por íntimos pesares en los postreros años de su existencia, pensando que sus lacerias nos lo hacen más asequible, más humano, porque el más alto valor de mosén Cinto está precisamente en la pureza y elevación de su estro, en su noble y augusta serenidad, en su culto limpio y acendrado a la Fe, a la Patria y al Amor, los tres temas consagrados en los Juegos Florales que tantas veces le galardonaron.

Y será así, al celebrar el primer centenario de su venida al mundo, en estos días en que el alba de la paz surge sobre las torturas y los sufrimientos de un mundo en ruinas, cómo llegará su voz hasta nosotros luminosa y clara: "enseñándonos el día en medio de la noche y la vida dentro de la muerte".

(Viene de la página 3)

rias, rumor que incluso ha trascendido fuera del ámbito escolar, y que nuestra revista, precisamente por tener como misión la defensa de los intereses universitarios, no podía, en modo alguno, pasar por alto. Denunciamos, pues, el hecho, por tener testimonios más que sobrados para demostrar la existencia de lo sucedido, y nuestra mayor satisfacción hubiera sido poder rectificar desde estas columnas y demostrar a cuantos se han hecho eco del proceder delatado, el error de sus manifestaciones.

4.º «¡Que las mil pesetas han sido destinadas a una merienda! —exclaman más adelante «los 35»— ¿pero es que aún no te has enterado que esa cantidad destinada a pagar el Título, no se hace efectiva hasta fin de vacaciones de verano?, ¿es que no sabes que en estos días nos despedimos de entrañables amigos, quizá para no volverlos a ver?; ¿cuándo se va a celebrar entonces esa merienda tan ca-

careada? Ciertamente, que pensábamos celebrar un acto íntimo, porque somos muy aficionados a todo lo que presida el buen humor y la camaradería, pero no a expensas del Premio Cañizo, sino todo lo contrario: que él asistiera como invitado de honor, lamentando no pueda celebrarse por la ausencia prematura de algunos compañeros.»

Respuesta: Nos congratulamos del buen humor que nos aseguran poseer «los 35», aunque no hayan hecho gala de él ciertamente en las notas que nos envían. Como también elogiamos sus buenos propósitos en relación con ese «acto íntimo» en honor del doctor Cañizo. Lo que ya se escapa a nuestra lógica, porque nuestra ingenuidad no llega a tanto, es que porque el importe no se perciba hasta finalizar el verano, la merienda no pudiera celebrarse. ¿Ignoran los firmantes que poseemos datos concretos acerca de cómo alguien se prestó a anticipar la cantidad necesaria? ¿Ignoran asi-

mismo que poseemos otros muchos datos acerca de su «compañerismo» por lo que a esta y a otras cuestiones relativas al «final de carrera» se refiere?...

Ponemos punto final aquí a estas líneas, en las que nada hemos eliminado de cuanto arguyen «los 35» en cuestión. Sus razones no nos convencen ni podían convencernos: ante todo porque le falta a su respuesta el tono de ponderación ecuánime y discreta que caracteriza a quien defiende la verdad, pues nunca ha sido el insulto personal la mejor manera de defender nuestra conducta. En segundo lugar, porque sus menguadas razones se caen por su base al examen más ligero. Y mientras no nos demuestren de otro modo su «compañerismo» y su rectitud, nosotros no tenemos más remedio que admitir una solución única a los hechos aludidos: la rectificación de su acuerdo por los votantes y la renuncia por parte del interesado.

“LA BACTERIA ROBADA”

Esto—dijo el bacteriólogo, colocando un cristalito en la platina del microscopio—es un preparado del célebre bacilo del cólera...; el germen del cólera.

—¡Ah, ya veo!—exclamó el visitante—. No es que vea gran cosa, en resumidas cuentas. Unas rayitas y pinceladas color de rosa. Y, sin embargo, estas cositas, estos meros puntitos pueden multiplicarse y devastar una ciudad. ¡Maravilloso!

El visitante se enderezó, y sacando de su lugar el cristalito de la preparación, comenzó a mirarlo a contraluz. —Casi invisible—afirmaba, escudriñando la preparación. Iba a añadir algo más, pero se detuvo indeciso, y luego preguntó, sin pérdida de tiempo:

—¿Están vivos? ¿Son peligrosos en ese estado?

—Estos han sido teñidos y muertos—contestó el bacteriólogo—. Yo quisiera poder matar y teñir a todos los que hay en el mundo.

—Supongo—dijo el visitante con una leve sonrisa—que no debe de tener ninguno vivo, quiero decir en estado virulento.

—Por el contrario, estamos obligados a ello...Mire, esto, por ejemplo...—dijo atravesando la habitación y tomando un tubito sellado—. Aquí está la cosa en estado activo. Este es un cultivo de la mortal bacteria—se detuvo un momento y prosiguió...—. Algo así como cólera embotellado.

En el pálido rostro del visitante asomó un destello de satisfacción. Es algo cuya posesión debe ser absolutamente vedada—dijo al tiempo que devoraba el tubito con los ojos—. El bacteriólogo notó el mórbido placer que había asomado al rostro de su visitante. Aquel hombre que se había presentado con la tarjeta de un antiguo amigo suyo, le empezaba a interesar por la disparidad de ideas que demostraba con las suyas propias. El cabello negro y aplastado, los ojos grises y profundos, el semblante rebelde y sus ademanes nerviosos, además del vivo interés que demostraba, eran algo nuevo para él. Representaba una variación, un vivo contraste con el aspecto y discursos flemáticos del colaborador científico con que el bacteriólogo acostumbraba reunirse. No le pareció extraño, supuestas tales circunstancias, que mostrándose tan impresionable por la calidad destructiva de contenido, cobrara interés por el aspecto externo del mismo.

Mantenia e ltubo en una mano y lo miraba pensativo.

—Aquí tiene usted aprisionada la epste —dijo el bacteriólogo—. Bastaría con romper uno de estos tubitos, verter su contenido en un vaso de agua y ordenar a estas diminutas partículas, (que es necesario teñir y examinar bajo la urgente potencia del microscopio para que se hagan visibles); id, creced y multiplicaros y llenad las cisternas..., para que la muerte... muerte misteriosa e inson-

dable, muerte veloz y terrible, muerte llena de dolor y de oprobio, anduviera suelta por la ciudad en busca de sus víctimas. Aquí separaría al marido de la mujer, en otro lugar al hijo de la madre, al hombre de Estado de su cometido y al trabajador de sus pesadumbres. Seguiría el curso de las aguas, se deslizaría por las calles escogiendo y castigando á una y otra casa por no hervir el agua, inmiscuyéndose en las lechugas al lavarlas y permaneciendo adormecida en los helados. Esperaría a que se la tragasen caballos y niños desprevenidos en las fuentes, pozos y en mil lugares impensados. Una vez en el agua y antes que se pudiera recoger para volver a encerrarla, habría diezmado ya la metrópoli.

Unos suaves golpecitos en la puerta interrumpieron su diálogo, un mero golpear de uñas sobre la puerta. El bacteriólogo la abrió.

—Un momento, querido—dijo la esposa de éste en voz baja.

El bacteriólogo salió de la habitación y al volver a entrar en ella se encontró a su visitante con el reloj en la mano. —No tenía idea—murmuraba—de haberle entretenido durante una hora. Son las cuatro menos doce minutos. Debí haber salido de aquí a las tres y media. Pero sus cosas eran realmente demasiado interesantes. No, no; es verdad que no puedo quedarme ni un minuto más. Tengo un compromiso para las cuatro.

Salió de la habitación expresando por varias veces su reconocimiento al bacteriólogo, quien le condujo hasta la puerta y regresó pensativo a su despacho cavilando sobre los rasgos étnicos del visitante. Desde luego, no era ningún tipo de teutónico ni de latino, pero sí un ser mórbido, se dijo. ¡Cómo había disfrutado con los cultivos! Su semblante se contrajo, cual si un pensamiento súbito acabara de cruzar por su mente; se volvió hacia la mesilla que estaba junto al baño de vapor y de allí rápidamente hacia su escritorio. Entonces, palpó los bolsillos de su vestido y corrió hacia la puerta. —Tal vez lo habré dejado encima de la mesa del recibidor—pensó.

—Minnie—gritó con voz oscura desde allí.

—Sí...—contestó una voz lejana.

—¿Tenía algo en las manos mientras hablaba contigo? (Pausa).

—No, nada, querido, porque recuerdo que...

—¡Maldito!—exclamó el bacteriólogo y abandonando todo otro pensamiento, echó a correr hacia la puerta de la calle, descendió las escaleras y se halló en la calle.

Minnie, al oír el estrépido producido por la puerta al cerrarse con violencia, se asomó a la ventana. En el extremo de la calle un hombre alto y delgado acababa de subir a un coche de punto. El bacteriólogo, sin sombrero y en zapatillas, corría ges-

ticulando hacia allá. Se le cayó una zapatilla pero ni se detuvo a recogerla. «Se habrá vuelto loco», suspiró Minnie. «Esto es lo que trae consigo esa horrible ciencia»; abrió la ventana y estaba punto de gritar que le detuviesen, cuando el hombre delgado volvió la cabeza y vió cómo el otro le seguía. Entonces pareció como si se contaminara de la misma enfermedad, pues llamó la atención del cochero hacia el bacteriólogo, éste empuñó el látigo, se oyó su chasquido y el repiquetear de los cascos del caballo. Un momento después el coche y el bacteriólogo, en su loca carrera, daban la vuelta a la esquina, perdiéndose de vista.

Minnie permaneció todavía un par de segundos en la ventana esforzando su vista y tratando de averiguar alguna cosa más. Por fin, se retiró de la ventana. Estaba turbida. «Es excéntrico»—dijo pensativa—. ¡Pero correr por el centro de Londres en calcetines... y durante la temporada! Entonces se le ocurrió un pensamiento feliz. Se puso el sombrero sin dilación, cogió los zapatos de su marido, bajó al recibimiento, tomó del paraguero el sombrero y sobretodo del bacteriólogo y salió a la calle deteniendo a un cochete que afortunadamente pasaba por allí.

—Lléveme hasta el final de la calle, dé la vuelta por Haverlock Crescent y mire a ver si damos con un señor que va corriendo por la calle con chaqueta de veludillo y sin sombrero.

Pocos minutos después el pequeño grupo de cocheros y cantoneros que se agrupaban bajo el toldo levantado para este efecto en Haverstock Hill, quedóse sorprendido al ver que pasaba a toda velocidad un coche tirado por un caballo rojizo.

Permanecieron silenciosos mientras pasaba; pero en cuanto lo hubo hecho uno de los allí agrupados, un hombre gordo, conocido por el Viejo Toorles, dijo: —Es Harry Icks. ¿Qué le sucederá?

—Hace uso del látigo, lo hace y lo hace bien—añadió el muchacho de la posada.

—¡Hola!—exclamó el pobre Tommy—Ahí tenemos a otro fogoso lunático... Que se me lleven, si no lo están.

El hombre que iba en el primer coche se agazapaba en un rincón con los brazos en alto y el tubito, que tantas posibilidades de destrucción tenía, apretado en una mano. Su expresión era una mezcla singular de y regocajo. El miedo provenía, en gran parte, del temor de que le alcanzaran antes de poder llevar a cabo su propósito y también de las gigantescas proporciones de sus crímenes, y, sin embargo, el regocajo que expresaba, sobrepasaba a su miedo. Ningún anarquista había llegado a aquella conclusión, antes que él lo hiciera. Ravachol, Vaillant y todos esos distinguidos personajes, cuya fama en-

vidiara, quedaban insignificantes a su lado. No tenía que hacer otra cosa sino dar con el agua y verter en ella el contenido del tubito. ¡Con que brillantez la había planteado, con que donaire había falsificado la carta para conseguir acceso al laboratorio y con cuanta lucidez había aprovechado la ocasión! ¡Muerte, muerte, muerte! Le habían tratado siempre como a un nombre sin importancia. El mundo entero se había confabulado en contra suya para impedirle el triunfo. Ahora sería capaz de enseñarles lo que resulta de aislar a un hombre... ¿Qué calle era esta? Le era familiar. La calle Mayor de San Andrés, claro está. ¿Cuánto marcaba el coche? Saco la cabeza por la ventanilla. El bacteriólogo se hallaba a unos veinte metros. La cosa iba mal. Era capaz de alcanzarle. Buscó una moneda en el bolsillo y encontró media corona. La ofreció al cochero poniéndola casi a la altura de su cara, y le dijo: Te dare más, si vas aprisa.

El dinero le fue arrebatado de las manos: —Hecho—, dijo el cochero, y se oyó un golpe producido por el mango del látigo y el chasquido de éste sobre el lomo reluciente del caballo. El coche se balanceó y el anarquista que permanecía medio erguido, alargó la mano que sostenía el tubito para cogerse. Sintió que el frágil envase se hacía añicos bajo sus dedos y cómo los pedacitos de cristal caían sobre el suelo del coche. Se dejó caer en el asiento, profiriendo una exclamación y mirando vacuamente las dos o tres gotitas de líquido.

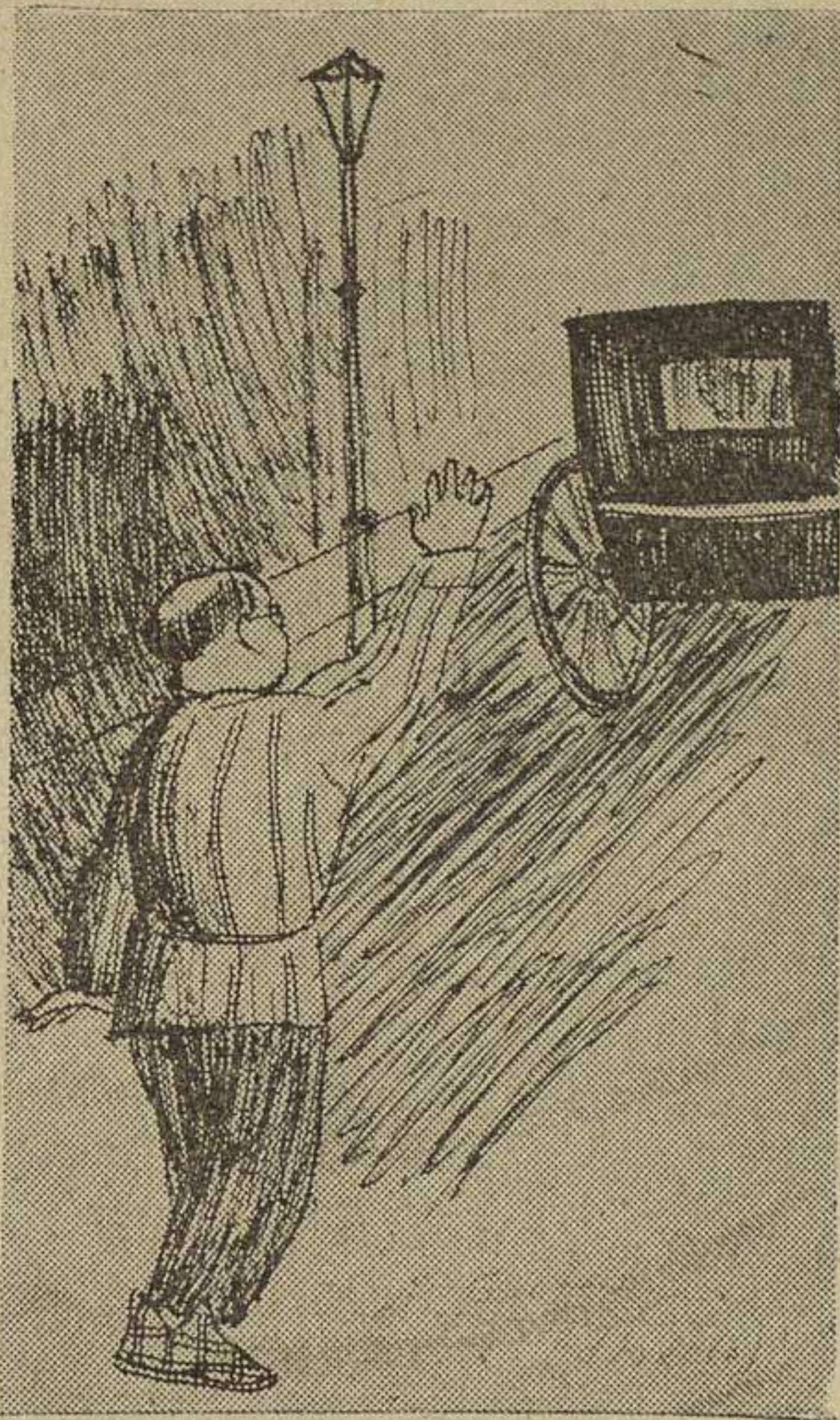
Temblaba.

—Bien, supongo que seré el primero. ¡Piu! No importa, a pesar de todo seré un mártir. Eso ya vale algo. Pero, que muerte asquerosa... Veré si duele tanto como dicen.

De pronto se le ocurrió algo, se agachó buscando por entre sus pies; en el fondo del tubito roto quedaba una gota de líquido que él apuró para asegurar el efecto. Era mejor asegurarse. De este modo no resultaba probable el fracaso.

Entonces, comenzó a dars cuenta de que no había ya motivo para huir

del bacteriólogo. En la calle de Wellington, ordenó parar. Se apeó, y al nacerlo, sintió algo en la cabeza: «¡Qué rapidez la del cólera!» Hizo desaparecer el coche, hablando en sentido figurado: tan afectado fue el gesto con que le despidió, y permaneció



ció después de pie en el bordillo con los brazos doblados sobre el pecho, esperando la llegada del bacteriólogo. Había algo trágico en su ademán. El conocimiento de su inmediata muerte le comunicaba cierta dignidad. Cuando su perseguidor se hallaba próximo a él, le saludó con una sonrisa de desafío.

—«¡Vive l'Anarchie!» Ha llegado tarde, amigo mío. Me lo he bebido. El cólera ha salido de su prisión.

El bacteriólogo, desde su coche, le miraba lleno de curiosidad: —¡Se lo ha bebido! ¡Un anarquista! ¡Ahora comprendo...! —iba a añadir algo más, pero se reprimió. Y el esbozo de una sonrisa se dibujó en la comisura

calificar de otra forma. Vió cosas que en su calificación no podían admitirse, y lo hacían ver de forma verdaderamente inverosímil. Perdonamos, no obstante, todo esto por su escaso conocimiento, pero esperamos que en próximas temporadas se compenetre con este deporte y sepa apreciar lo que en sí esto representa.

Los jugadores, en general, bien; destacadas figuras por ambas partes, fueron: Adarraga, Santi, Nieto y Buznago, veteranos ya en el deporte, que destacaron por su juego eficaz; Labaig y Cobarsi, como noveles, hicieron en ésta, su primera presentación, un partido magnífico, que colaboró a la total victoria del S. E. U.

En los Luises, Bueno, Calvo, Sexma y Picabea, hicieron, como siempre, un juego que compenetró a todo el equipo y que estuvo a punto de dar un serio disgusto.

Echevarren, en el arbitraje, no con las lagunas que vieron los espectado-

de sus labios. Abrió la portezuela como si fuera a apearse; a su gesto repico el anarquista con un trágico ademán de despedida y se puso a andar en dirección al Puente de Waterloo, cuidando de que su infectado cuerpo tropezara con el mayor número de gente posible. El hombre de ciencia estaba tan absorto en la contemplación de aquel personaje que casi ni llegó a manifestar la menor sorpresa al ver a Minnie a su lado llevando su sombrero, sus zapatos y abrigo: —¡Que buena has sido en traerme mis cosas! —dijo, sin dejar de contemplar la silueta empequeñecida del anarquista.

—Estarás mejor dentro —le dijo a Minnie sin abandonar su actitud contemplativa.

...—¿Que me ponga los zapatos? ¡Ah, sí, querida! —dijo al tiempo que el coche daba la vuelta privándole de ver a la figura negra, pequenita y lejana. Entonces debió de ocurrirle algo chocante, porque se puso a reír. Sin embargo, es cosa seria —dijo.

—Ese hombre que vino a verme es un anarquista. No... no te desmayes; si lo hicieras no podría contarte lo que sigue. Yo quise asombrarle, sin saber que era un anarquista, y tomando un cultivo de esas bacterias de que te hablaba el otro día, de esas que producen las manchas azules a varias especies de monos, llevado de mi tontería, le dije que eran del cólera. Entonces huyó él con la preparación dispuesto a infectar las aguas de Londres, y en verdad que podía haber creado situaciones bien difíciles para esta civilizada ciudad... Ahora, sin embargo, acaba de tragárselo. Claro; no puedo decir lo que sucederá, pero ya sabes que el gatito a quien se lo dimos quedó de color azul y a los tres cachorros le salieron manchas azules y el gorrión quedó de color azul vivo...

—...¡Ah! ¿Que me ponga el abrigo? ¿Por qué? ¿Por que podemos encontrarnos con la señora Jabber? ¡Querida mía, la señora Jabber no es ningún chaparrón...! ¿Por qué he de ponerme el abrigo, con el calor que hace, a causa de la señora Ja...? ¡Oh, bien... bien!

res, pero sí con los desaciertos que pueden darse en un campo sin marcas; y en malas condiciones; en conjunto, estuvo bien. Podíamos apreciar como fallo mal interpretado la expulsión de Anchón del terreno de juego, en los últimos minutos, ante una alta realmente no cometida; pero, bien, admitimos que se castigara como falta de disciplina, aunque no debió recaer sobre él mismo, sino en otro jugador contrario, no expulsado, pero que más bien fue el causante de este pequeño percance.

El equipo del S. E. U. quedó proclamado campeón provincial. Nuestra enhorabuena a estos jugadores, que traen a nuestro Sindicato un nuevo y codiciado trofeo, y esperamos que en la próxima temporada revaliden su título nuevamente, para quedar en posesión definitiva de él y deje ya de ir éste de mano en mano, ahora que creemos haber encontrado al indiscutible campeón.

(Viene de la página 14)

ni la sombra de otros días, y aquí vino esa goleada que, como un verdadero ciclón, cayó sobre la puerta del S. E. U. Con un 4-2 termina el marcador en esta primera parte.

En la segunda, la marcha del partido cambió rotundamente; fuerza, masa y entusiasmo, se impusieron sobre la técnica de los Luises, y una delantera acertada cambió rotundamente el marcador, haciendo que este encuentro termine con la victoria del S. E. U. por 9-5.

No eran muchos los que presenciaron el partido, y entre éstos, muy pocos que supieran apreciar lo bello de este deporte. Espectadores de fútbol y este encuentro, pero hemos de lamentar, no sé qué esperaban ver en tarnos un tanto de su supina ignorancia. Su teoría era el incordiar, tanto a los jugadores como al árbitro, sólo por el mero hecho de hacer ruido; «público de murga», no se le puede

Fotografías de J. Núñez

Larraz

Al visitar la exposición que de sus obras acaba de ofrecer al público José Núñez Larraz, llegamos al convencimiento de que la fotografía constituye un arte en el que pueden obtenerse realizaciones tan maravillosas, como en el resto de las practicadas hasta hoy. Tal vez a todos nos cueste demasiado creerlo así por cuanto poseemos un concepto del artista en el que no nos es nada fácil encajar al fotógrafo; en éste parece faltarnos siempre el elemento de inspiración, de trabajo denodado en el taller, o frente al caballete al aire libre, una fotografía, para nosotros, es el simple resultado de la casualidad o de la suerte aplicadas al disparador de la "Leica" o de la "Contax". Contemplando las obras de José Núñez saldremos de nuestro error; en ellas existe sensibilidad, meditada elección y estudio de los temas afrontados, y una sagaz interpretación de los mismos para que la figura o el paisaje, recogidos por la cámara, queden plasmados en el papel con los rasgos más auténticos de su personalidad y espíritu.

Si por sus métodos y sus resultados materiales la fotografía no puede llegar nunca a las grandes concepciones de las artes plásticas, posee, en cambio, un aspecto en el que ninguna de aquellas puede sobrepasarla: es en lo que podríamos denominar la captura de un instante del vivir al tiempo mismo de su acaecimiento. Entiéndase bien que esto no supone un servilismo extremado a la realidad percedera, no; la fotografía en cuanto arte, consigue llegar a una superación de la realidad misma ofreciéndonosla, a través de un detalle sorprendente o de una de sus facetas más peculiares y expresivas, en toda la autenticidad y depuración de su fisonomía. Y es esto lo que distingue al fotógrafo ocasional, que impresiona unas placas o unos carretes sin más propósitos que los de conservar unos recuerdos familiares o las incidencias de unos días de vacación, de aquel que pone en la tarea un empeño decidido de realizar una obra, artística por todos los conceptos, es decir, apta para ser contemplada por los demás y sugerirles las emociones o el placer estético que toda obra de arte aspira a producir.

Con lo apuntado en las líneas precedentes creo que puede quedar definido el arte de José Núñez, tal y como se nos revela en la exposición que acaba de ofrecer al público en uno de los salones del Casino. Esas maravillosas fotografías que llevan los títulos de "Tristeza", "Clarooscuro", "Alegoría", retratos como el de don Fernando Iscar-Peyra —en el que todo (luz, ambiente, gesto y actitud) contribuye a resaltar su personalidad— los de la esposa e hijo del autor, los de "Un dominico", "Silva", "Torroella"; paisajes como "Alamos negros", "Nubes y espuma", "Rastrojo", "Otoño"; así como todos esos bodegones de fuerte sabor velazqueño, lindando con la sobriedad profunda y severa de Zurbarán, nos revelan una concepción y una sensibilidad artística de primer orden. Obras son todas éstas que merecen ser catalogadas en lugar preferente dentro de los anales, cada vez más exigentes y dignos de atención, de la fotografía como género artístico. Por ello nos sentimos obligados a conceder a exposiciones como esta de José Núñez, la importancia de que nos hacemos eco en estas líneas, que es la que, en justicia, creemos que les corresponde.

R. S. T.

